# APÓSTOLES DEL BIEN

Ocurre preguntar cuando se considera el bien inmenso que la Iglesia ha hecho en la juventud por medio de las congregaciones marianas, qué han hecho los jóvenes por la Iglesia en retorno de tamaño beneficio. Para urdir adecuada respuesta, habríamos de vaciar en estas líneas el historial brillante de cuantas congregaciones han existido y existen en el mundo (más de 45.000, según una estadística autorizada) desde que en el siglo XVI, como flor celestial desprendida del manto de la Virgen, comenzó a exhalar perfumes la primera, fundada en Roma con el nombre de Congregación de la Anunciata. La tiranía del espacio no nos permite semejante empresa. Seguiré un camino más breve. De las impresiones personales recogidas en la visita de algunas de las más importantes congregaciones de nuestra patria, de relaciones leídas, de los recuerdos de mi vida de congregante activo procuraré tejer este artículo. La tarea es grata, aunque para mí resulta, por lo agradable difícil. Solázase el ánimo más en pensar y añorar los tiempos de mocedad, que en exteriorizar el pensamiento.

Estudiada la estructura íntima de las congregaciones marianas y teniendo ala vista la psicología del alma de los jóvenes, prevéese de seguida el maravilloso efecto que la formación sobrenatural de entendimiento, voluntad y corazón que aquellas pretenden ha de producir en tierra tan fértil.

Como heredad sedienta, se empaparán de las aguas de la gracia y pletóricos de ubérrima vida, en sus entrañas sentirán la divina comezón del celo, que les impulsará a pregonar por doquier la buena nueva de Jesucristo escribiendo con signos indelebles en la geografía del cristianismo las rutas de un glorioso apostolado.

> *"Sólo las juventudes que amen a María pero con delirio, que invoquen a María pero con ardor; que imiten a María, sobre todo en su castidad, pero sin rebozos ni timideces; que defiendan los derechos de María y de su Hijo, pero con audacia, pueden emprender con éxito la obra de la restauración universal"*

Eso han hecho los jóvenes congregantes y por eso encabezamos estas líneas con el título que merecidamente se han conquistado. Son los apóstoles del bien.

Su apostolado ha sido, ante todo, apostolado del buen ejemplo. En tiempos en que era moda ser escéptico, indiferente, descreído; cuando el sexo fuerte huía de los templos, y se ridiculizaba groseramente el culto de sus ministros, en falanges numerosas proclamaban ellos su fe, su devoción y su piedad. Hacían falta en el mundo corrientes de espiritualidad y de sobrenaturalismo y el ejemplo de los jóvenes fue el orador bendito que los empujó sobre la sociedad moderna, en nutridas comuniones generales, asombro de las grandes ciudades, la asistencia a manifestaciones religiosas, el respeto a los sacerdotes, sin rebozo alguno manifestado en la calle ante la gente, sin humanos respetos, ¿no han sido reactivos de la piedad, del sentimiento cristiano?

Al apostolado del ejemplo, asimilación inconsciente del influjo vital del cristianismo en los pueblos, unióse el apostolado fecundo de la acción católica.

Dueños los jóvenes congregantes del tesoro divino de la verdad, encauzados sus conocimientos por las normas de la sabiduría de lo alto, vigorizada su inteligencia por el estudio y adiestrados en los tornos literarios de sus academias para el apostolado de la palabra, lanzáronse a él, con ánimo resuelto y en conferencias, discursos, mítines, en introducciones sencillas, en la cooperación a las catequesis parroquiales difundieron la luz del cristianismo.

Huellas gloriosas de este apostolado son, entre otras, las famosas asambleas eucarístico-sociales de Briviesca, Miranda, etc. Organizadas por los congregantes de Burgos; las cruzadas eucarísticas de los congregantes de Gandía, hasta en la leprosería de Fontilles; las conferencias sociológicas de los congregantes de Toledo, los certámenes sobre cuestiones sociales en la congregación de Málaga, las brillantísimas academias públicas de Madrid, Valencia y Barcelona.

No menos resplandecientes, aunque escondidos en la penumbra de la esfera particular, son los trabajos constantes de muchísimos jóvenes, que, con tesón admirable, en el periódico, en las visitas, en las tertulias, en las fábricas, doquiera sea menester, rompen lanzas en defensa de la religión cristiana, marcan el criterio cristiano en muchas cuestiones, orientan opiniones, atraen hacia el foco de luz de la verdad, a muchas almas, mariposas de vuelo incierto en el campo de las ideas. ¿Quién no ha tropezado en su camino con estos apóstoles escondidos? Dios bendice sus esfuerzos. Concede a veces extraordinaria virtud a su palabra y en pechos donde rebotara la del sacerdote, ábrese paso perforando su dureza pétrea e infiltrando la fe de Jesucristo.

Con más elocuencia que este apostolado de la palabra habla todavía en las congregaciones marianas el apostolado de la acción. Es el amor su eje, la caridad le impulsa y no es extraño que obtenga un desarrollo extraordinario. En otro lugar de este número se describe el funcionamiento de la sección de caridad, en esta congregación meritísima de Hijos de María de la Medalla Milagrosa. Deporte es, ciertamente del espíritu y de subidísimo sobrenaturalismo.

En todas las congregaciones le hallareis. Médula de la religión esta virtud no podía faltar en estas asociaciones. En mayor o menor escala, en todas se practica. Los hospitales, los asilos, las cárceles, son testigos de escenas tiernas en que son actores corazones jóvenes, que cariñosamente deslizan sus consuelos y sus socorros sobre el dolor que gime, sobre la necesidad que agobia.

En algunas, que ya alcanzaron extraordinario grado de vida eminentemente cristiana, la virtud preciosa que en frase de san Pablo todo lo vence, adquiere gigantescas proporciones. En Valencia, por ejemplo, sea llegado a establecer junto al edificio de la congregación, una soberbia policlínica, servida por médicos y alumnos de medicina congregantes, en que se prestan innumerables servicios a las clases menesterosas; en Buenos Aires son incalculables los beneficios que reciben los emigrantes de la congregación mariana. En muchos puntos del extranjero han atendido con preferencia a la cuestión social, fundando cajas de crédito, que libraron de las garras de la usura a muchos modestos propietarios. Y esto ateniéndonos solamente a los beneficios de orden temporal. Necesitaríamos extensas columnas para enumerar las eflorescencias de la caridad cristiana en el árbol frondoso de las congregaciones juveniles.

Hora es ya de poner punto final a este artículo. Mucho es lo que las juventudes marianas han hecho por la Iglesia. Mucho más espera la Iglesia y

tiene derecho a esperar de la juventud. Ella os mira como porción predilecta: trabajad vosotros, jóvenes, con ahínco por la gloria de nuestra Madre.

Congregantes de la Medalla Milagrosa, seguid vuestro apostolado, que si ahora es modesto, pues casi os halláis en los comienzos, no por eso es menos eficaz.

Sea vuestra religiosidad y vuestro ejemplo girón de cielo entre las nubes plomizas de indiferencia y sensualidad, que nos rodean.

**Antonio Gutiérrez Criado**
Capellán de la Armada

# ACCIÓN JUVENIL CATÓLICA

"Congregantes: para hacer mucho no es necesario ser muchos; es necesario ser muy buenos y estar muy unidos"

"La juventud no sólo anuncia el porvenir; lo santifica o lo denigra. Santifiquémoslo las juventudes católicas con el esplendor de nuestra fe"

**Dr. Don Antonio Gutiérrez Criado,**
Capellán de la Armada
y presidente honorario de la Congregación.
Mantenedor de la velada-aniversario del presente año

**ALEMANIA**

La juventud católica de Alemania ha dado muestras de pasmosa vitalidad en los recientes congresos de Fulda, Friburgo, Normanstein, Hirschberg, Wevelburg y Brenberg donde se han hecho votos por la soberanía temporal del Papa y la libertad de los católicos mejicanos. El nuncio apostólico, Mons. Paccelli, ha tenido la satisfacción de presidir la celebración del CCCL aniversario de la primera Congregación Mariana, fundada en Colonia.

Pero el sector más simpático del catolicismo alemán lo constituye "Nueva Alemania": una agrupación de jóvenes dirigidos por el cardenal Hartmann, que aspiran a "informar su vida y todo cuanto la rodea del espíritu de Jesucristo" según una carta homenaje entregada a S. S. por 180 peregrinos de dicha federación. El "Nuevo Alemán" comulga frecuentemente y trabaja por la difusión de la fe y de la cultura: la sexagésima quinta asamblea de católicos alemanes es una prueba evidente que lo atestigua.

**ARGENTINA**

Buenos Aires posee una congregación de jóvenes católicos que merece el más entusiasta aplauso de sus similares: nos referimos a la Villa-Devoto. En "La Plaza de la Villa" iba a erigirse una estatua completamente opuesta a la moralidad y al pudor. Los jóvenes congregantes protestan enérgicamente redactando y difundiendo unos impresos que son llamas de celo y de valentía; visitan en comisiones a todo el vecindario (2.000 familias por día); hablan en

teatros, salones, casinos, exponiendo el deber de impedir a toda costa aquel vergonzoso plan, y por fin logran con su conducta noble y ejemplarísima mantener levantado el pabellón de la pureza y honestidad públicas que amenazaba a arriarse.

La Juventud Católica de Argentina se halla adherida a las Congregaciones Marianas de La Plata, Mendoza, Asunción, San Luis, Córdoba... destacando sobre todas Santa Fe, con sus 1.500 congregantes y su amena e interesante revista "El Mensajero de Nuestra Señora de los Milagros".

**AUSTRIA**

El mejor epílogo que ha podido escribir la Juventud Católico-Austriaca en su larga historia de intenso apostolado ha sido el Congreso de Viena, celebrado el pasado agosto. Diez mil jóvenes católicos recorrieron triunfalmente con antorchas encendidas las calles de la populosa urbe –teatro, dos meses antes, de sangrientos episodios comunistas- acompañando a la imponente manifestación noventa bandas de música.

Mons. Seipel, canciller de la nación, saludó a los congresistas diciendo: "Los 50.000 afiliados a la Juventud Católica son los encargados de terminar la labor de concordia, paz, civilización y verdadera democracia que yo he emprendido".

**BÉLGICA**

El entusiasmo corre parejas con la devoción.

Alrededor del báculo de Mons. Waffelaer, octogenario prelado que ha inundado con la luz de su santa sabiduría de la diócesis de Bruselas, se han reunido 12.000 congregantes de corazón sano y organismo joven. La reciente peregrinación organizada por la Juventud Belga al célebre santuario Dadizee Lez-Menín, donde se venera una milagrosa imagen de María, ha sido la nota más vibrante de lírico y piadoso entusiasmo que ha sonado en el corazón de Bélgica y ha repercutido en la Europa católica.

**CUBA**

Cada vez más pujante y gloriosa va creciendo la Federación Mariana de la Anunciata, constituida casi en su totalidad por jóvenes cubanos de uno y otro sexo. La Habana se ha convertido en grandioso escenario donde a la vista del mundo, ha celebrado pomposamente la Juventud Católica un doble acontecimiento: la beatificación de Jacobo Salés, primer mártir de las Congregaciones Marianas, y las bodas de plata de la República.

Un detalle. Las comuniones de reglamento ofrecen el consolador espectáculo de ver con regular frecuencia 400 congregantes en la Sagrada Mesa Eucarística.

**CHILE**

Casi simultáneamente se han celebrado en Talca y Chile dos importantes congresos organizados uno por el vigoroso sector masculino de las Congregaciones Marianas y otro por la numerosa juventud femenina de dichas Congregaciones. Nadie sino los jóvenes de Chile lanzaron el proyecto y dieron impulso a la idea, que en breve se hizo nacional, de coronar espléndida y solemnemente la imagen de Nuestra Señora del Carmen.

Las Congregaciones Marianas de jóvenes costean y sirven anualmente un generoso ágape a los niños del orfelinato y a los ancianitos del asilo.

**ESTADOS UNIDOS**

Capitaneando los 3.000 centros de Juventud Católica de EE. UU. se halla Chicago, ya célebre en la historia contemporánea por su famoso congreso eucarístico.

La Juventud Católica de Chicago es activa e ilustrada. Tiene por lema "Literatura Cristiana" y a fin de hacer honor a tan gallardo lema, redacta, vende y distribuye con prolífica difusión folletos de cultura, periódicos católicos e interesantes revistas, distinguiéndose en la propaganda los Congregantes de la universidad de Loyola. Entre ellos hay brillantes escritores que publican bellísimos artículos en los diarios de la ciudad. Otros visitan las bibliotecas públicas pidiendo libros católicos a fin de que se provean de ellos.

No se crea, sin embargo, que esta abundancia de apostolado disminuya lo más mínimo la piedad y vida interior. "Las juntas directivas –dice "Estrella del Mar", núm. 207- están obligadas a mirar por el bien espiritual de todos los jóvenes, y para ello estudian los medios prácticos para que todos se conserven en la atmósfera espiritual más pura que sea posible".

**FRANCIA**

La Juventud Francesa tiene el puesto de honor en la vanguardia del cristianismo.

Un congreso nacional de asociación católica celebrado en Rouen a mediados de abril del presente año, se ha preocupado preferentemente de la Juventud Católica Obrera que estuvo representada por 8.000 socios en la asamblea. Es ya el sexto año que se celebra el "Miting de los jóvenes", cursillo de propaganda religioso cultural, cuyo simpático programa se ha compendiado hasta ahora, únicamente en dos puntos. "Campaña en favor de las órdenes religiosas hasta lograr que sean del todo abolidas las leyes de excepción" y "Protesta contra las leyes de calles hasta obtener el triunfo completo de los católicos mejicanos". La actitud valiente de estos jóvenes católicos es el mejor dique para hacer frente a la inundación de bolchevismo que amenaza a Francia.

Los jóvenes franceses son leales súbditos del Papa. En la 30ª sesión de su Consejo Federal han escrito: "Fiel a sus tradiciones de adhesión entusiasta a la persona del Sumo Pontífice, la Asociación Católica de jóvenes franceses renueva a S. S. Pío XI el testimonio de su obediencia absoluta, y declara que ninguno de sus miembros puede ser lector, fautor o partidario de *L'Action Francaise*, tal como actualmente está redactada y dirigida". *L'Action Francaise* es un periódico antipapista.

**ITALIA**

Mil congregaciones juveniles maniobran como disciplinado ejército a la voz del comendador Pericoli, presidente general honorario de la Juventud Católica Italiana.

Raza emprendedora, diligente y laboriosa, sueña y paladea el laurel de éxitos ruidosos alcanzados en la triple esfera intelectual, moral y social de una patria cuyas agitaciones políticas a menudo desfavorecen la estabilidad del triunfo. Los jóvenes italianos hacen con fervor edificante y propagan con celo ardoroso la obra magna de "Los Ejercicios Espirituales". Mantienen "Semanas sociales", "Conferencias de Caballeros de San Vicente de Paúl", "Obras misionales", "Catequesis", "Prensa Católica", "Culto Divino". En el Registro Nacional de Juventud Católica se cuentan hasta 1498 vocaciones religiosas.

Quizá por esto la ha llamado el Papa "la pupila de sus ojos".

**POLONIA**

Polonia puede ponerse al frente de las Juventudes Católicas, después de haber producido ese portento de candor y de inocencia, que se llamó Estanislao de Kostka. Precisamente palpita aún la emoción de sus magníficas fiestas centenarias que han llenado de luz y de música los templos, las calles, las casas y la nación en general, que parece vestida de fiesta en la alegre policromía del mapa.

El eminentísimo primado de Polonia, Mons. Augusto Hlond, misionero antes que nada, ha encauzado hábilmente la actividad juvenil polaca hacia la urgente necesidad de las Misiones Católicas Extranjeras: tiene anotados en su haber el experto purpurado días prácticos de gloriosa labor efectuada por la juventud –inquieta y dócil al mismo tiempo- de su rebaño; y esta grata experiencia le ha hecho convocar un congreso internacional misionero que ha de celebrarse en Paznau desde el 28 de septiembre al 12 de octubre del presente año.

El optimismo de los jóvenes polacos hace fáciles sus empresas y apoteósicos sus triunfos.

**PORTUGAL**

Se ha celebrado el primer Congreso Nacional Mariano. En derredor de la Virgen del Sameiro, patrona de Braga, han ondulado 150 banderas de otras tantas asociaciones marianas que recogen la tradición piadosa, próxima a desbaratarse, para darle arrollador impulso y nueva vida nacional. En este movimiento y presidida por 11 venerables obispos, se ha destacado la Juventud Católica Portuguesa. ¡Lástima que otros asuntos hayan distraído la atención de la prensa para no reparar en tan grandioso espectáculo!

El gesto de los católicos portugueses es cual conviene a la actualidad histórica del momento: firme, resuelto y erguido. Más de 2.000 escolares de las tres universidades más famosas de Portugal –Oporto, Coimbra y Lisboa- han presentado al general Carmona un mensaje cuyo tercer párrafo dice: "No debe el ejército vacilar ante las manifestaciones masónicas, incitadoras de los que se entregan a un vandalismo criminal. Los estudiantes católicos que han jurado firmemente defender a la patria, piden a vuestra excelencia se digne honrar a Portugal aplicando severamente la Ley Penal en lo que se refiere a las perturbadoras asociaciones secretas, de las cuales la masonería es el más perfecto ejemplar". Estos jóvenes valerosos son los que deciden la suerte de una nación.

¡Bien por nuestros hermanos, los portugueses!

---

"Las Congregaciones Marianas fundadas y dirigidas según su genuino espíritu de piedad, de apostolado y de acatamiento filial y constante a las autoridades eclesiásticas, han sido siempre y serán también hoy un medio poderosísimo para infundir en las almas la piedad sólida y activa que, perfeccionando y santificando al individuo, lo excita a procurar, por cuantos medios estén a su alcance, el mejoramiento de los demás".

**El Prepósito General de la Compañía de Jesús**

"Nuestro propósito es trabajar por la estrecha vinculación de todos los miembros que forman las Congregaciones Marianas de hombres en los países hispanoamericanos para preparar de esta manera, bajo la égida de María, la unión de los católicos que hablan la misma lengua, armonizando sus esfuerzos hacia el reinado de Jesucristo, que constituye su suprema aspiración".

**El director de la "Federación Chilena"**

# ENTRE CONGREGANTES

Quien dijo juventud, dijo optimismo, alegría, buen humor, trasparencia de almas, nobles y diáfanas impulsiones del corazón. buscando todo eso, asiduamente concurro a la misericordia a orear mi espíritu en el ambiente sano y puro de la Congregación de Hijos de María de la Medalla Milagrosa, y de allí salgo nuevo, remozado; siento que nacen en mí nuevos bríos para trabajar, me estimulo en mis tareas apostólicas y respirando a pulmón lleno el envidiable humor, que espiga en la tierra de los pocos años al calor de una sólida formación religiosa (que en la religión es alegría y es gozo y Dios quiere que se le sirva con regocijo) desalojo el carbónico, que por fuerza hemos de almacenar en nuestra vida de constantes desengaños y continua pamplinería social, y me saturo de savia pura, inmancillada, de ingenuas visiones de la realidad sin doblez ni mentira y de optimismos redentores.

Alguien ha dicho, y desde ahora lo descalifico y declaro un solemne mentecato, que los jóvenes católicos son más tristes que un triste entierro de tercera. Ese tal no ha vivido entre nosotros, ¿verdad? Nos desconoce (me siento joven todavía y congregante). Basta asomar el naso chato o alargado, o virar los ojillos por el de la cerradura de una de las clases o patios que sirven de centro, durante las vacaciones, a los congregantes de la Medalla Milagrosa, para contagiarse del buen humor que les retoza por el cuerpo y salir vociferando a los cuatro vientos o cuatro mil si les parecen pocos, que no hay risas más francas, regocijo más espontáneo, alegría más natural, diversiones más inocentes y de mayor alborozo, de las que se sale satisfecho, sin pesadumbre de conciencia, como las de los jóvenes congregantes de cualquier congregación mariana. Saben ellos que un joven triste es un triste joven y dan a Dios y a su edad la expansión que necesitan.

## ESO SÍ,

Cuando llega la hora de estar serios, de cumplir formal y conscientemente sus deberes de asociación, las obligaciones religiosas, morales y sociales que su reglamento les impone, saben hacerlo como conviene a hombres de convicción.

Voy a introducirte, lector, en la intimidad de nuestra congregación mariana, en su vivir mañanero de un domingo. Abre los clisos y contempla a los congregantes después de la misa de comunión, reunidos para rezar el oficio de la Inmaculada; primero un ratito de lectura espiritual, amena, provechosa. Después, dirigidos por su presidente, el ínclito Rebollo, semitonan pausadamente con devoción y con cariño las dulces estrofas de los himnos, que deben sonar en los oídos de María con ritmo de endechas, de madrigales, de tiernos y sublimes piropos ensaetados a su hermosura y a su amor.

## CUANDO SE ROMPEN FILAS

Triscan y alborotan en ordenado desorden y suenan las risas y menudean las bromas y se saltan las mesas y pupitres y se atropellan sin contusiones en las puertas para salir a los patios, buscando mayor espacio para sus hazañas. Algunos desfilan hacia sus casas con prisas por volver, porque han sentido el canto del estómago que reclama su desayuno; no sienten otros las cornás del

apetito y se apresuran a monopolizar algún patio para estadium futbolístico o alguna pared para frontón pelotárico.

**EL GIMNASIO**

Es invadido en tropel. Las cuerdas gimen y las barras chirrean al sentir el peso de improvisados suequistas. El columpio voltejea. Los que se creen más ágiles dan la vuelta de campana. Algunos lamentan después no se hayan extendido mullidos colchones por el suelo. ¿Verdad, Pagán?

**LA HORA DE ANIMACIÓN**

Es alrededor de medio día. Capitaneados por Ayala, un grupo se entrena ante la fachada principal de la Casa de Misericordia en carreras y saltos para el concurso atlético. ¡Dios mío y qué sustos! Un rimero de sillas por los suelos, tendidas, derechas, encimadas, saltos a la larga, de altura, ¡qué sé yo! Cuerpos que pasan como una exhalación; vítores de los espectadores; alguna costalada de atletas novatos, que no midieron bien las distancias, abucheos de buena ley, intervención del árbitro, eliminación de los concursantes; proclamación de carreristas para las fiestas de aniversario y a buscar agua fresca para darse un remojón, que bien lo merecen, y a descansar luego contemplando el ensayo en el salón del teatro.

**LOS CÓMICOS**

Mascullan sus papeles en el tablado, construido con tanto afán, con interés tanto. –Silencio, señores, que no nos entendemos. –Vamos, Bonilla, grita el director, ¡esa escena del segundo acto!-, y el hilarígeno Paco pinta en su rostro el asombro de consternación que le produce la noticia de ser el verdugo de Hipalis famosa. Apunta tú, -dicen sotto voce al consueta los eternos enemigos de aprenderse un papel, los temerarios de la oreja. -¡Eso no es así!, vocinglea uno-; -¡dale el golpe a tiempo, Sinapismo!, -¡más jaleo!, -¡más movimiento!, -¡Mercader, no seas *pasmao*! -¡Si no apuntan!

Un campo de Agramante es el escenario porque así lo requiere la obra, y otro el patio de butacas, sin que lo exija nadie ni nada, a no ser la sangre bullanguera de los años mozos. El director sonríe y deja pasar el chubasco. Con el libreto del traspunte en la mano, vuelve hojas atrás y con calma y paciencia jobiana, insinúa: Pimpollos, a repetir la escena... y a los de abajo: Quedan apuntados en la lista de aspirantes a director de escena; por ahora, la plaza la tengo yo. Aquí, ver, oír y callar.

Dóciles y sumisos todos callan y prosigue el ensayo. En los descansos se saborean los incidentes de la representación riendo las situaciones de la comedia.

**LOS ESCENÓGRAFOS**

De la congregación, -gloria inmortal a Conesa, Perico Gambín y Laiz, pequeño- miran entre tanto la obra de sus manos. Proyectan y planean. Esbozan y abocetan en los encerados de las clases, nuevas decoraciones. –¿Le gusta a usted? -¿Qué tal ese patio andaluz? ¿Y la cancela? –¿Sabe usted cuánto nos cuesta todo? No llega ni a veinte pesetas. ¿Ha visto el reloj y el teléfono? Eso es obra de Rebollo.

-Lástima de decoración para la obra que sacan. ¡Vale más el marco que el cuadro! Lanza uno de ellos humorísticamente, como un reto. Se pican amistosamente cómicos y pintores que suelen ser unos mismos, y de la refriega

sale el propósito de aprender los papeles, de poner interés en que la obra salga bordada, de cosechar aplausos, de sentar el pabellón del cuadro artístico a la altura que merece. –Ya veréis el domingo, pigmeos; con el Ave María que rezamos antes de levantar el trapo, no puede salir mal la comedia. Nos sentimos otros y el público no nos intimida, al contrario, nos alienta. ¿Qué ha pasado siempre? ¿Verdad, don Antonio? –Y estos chicos que en sus diversiones ponen la pincelada de su devoción a la Virgen, triunfan el domingo siguiente, como tantos otros han triunfado, y consiguen que asome la sonrisa hasta en los labios de un hiperclorhídrico. Trabajan con fe y entusiasmo por el realce de su congregación, y su Madre bendice todas sus empresas.

**¿NO PASA UD. A LA BIBLIOTECA?**

Junto a mí ha surgido la figura alargada de Adolfo Campoy sin que me haya apercibido por su sombra.

Esta semana se han traído dos nuevas novelas de Fernán Caballero y de Pereda, ¿quiere usted verlas? Con lo que recaude en la próxima se podrán adquirir algunas más. ¿Cuál le parece a usted mejor? Yo había pensado. Mire usted, vamos muy bien de cuentas. Y bondadosísimo, con una amabilidad abrumadora, sonriente y afabilísimo, me enseña una pulcra apuntación, donde al lado de cada nombre veo una serie de circulitos negros y blancos que me recuerdan los ceros de las aulas. Es el cuadernito de la suscripción de la perra gorda para nutrir de obras nuevas la biblioteca; completamente voluntaria, a ella contribuimos con entusiasmo unos cuantos, desprendiéndonos todos los domingos de diez insignificantes centavos. Mi vista se ha clavado en mi nombre y ¡oh, dolor!, me veo sin ningún cero; esto, que hubiera sido en mis tiempos de estudiante una fortuna, es ahora señal de que no he pagado en todo el mes; me veo en la precisión de apoquinar; de las manos de los que nos rodean se deslizan otras modestas perras gordas, que plácidamente recoge el buen Adolfo, mientras con precisión geométrica va trazando circunferencias.

-No crea usted, que ha sido una indirecta lo del cuadernito, de todas maneras, muchas gracias. Dios se lo pague. Y siempre sonriente, amable, se despide de nosotros en busca de nuevos suscriptores. Decididamente, pienso yo, de nacer este chico en tiempos israelíticos hubiera sido el orgullo de la tribu de Isacar.

**SUELE SUCEDER**

Que a la aparición del petit Campoy y la del entusiasta vicepresidente, su hermano, demandando otra perrilla para “El Debate”, que se destina a la sala de lectura. Cristóbal Campoy suele ser más indulgente. Deja reposar la bolsa de los contribuyentes algún que otro domingo. Ecuánime en todo y en todo comedido, nos ha sometido a un turno, para no ser gravoso a los paganos. Este domingo no nos toca a nosotros, por lo visto. Dios se lo pague.

**¿CANTE JONDO?**

A veces unos siseos nos advierten que debemos callar. -¡Que van a cantar! -¡Vamos, canta, Pío! –Y vemos núcleos más o menos compactos, que acorralan a Pío Saldaña (Cotorrilla, ¡olé mi inglaterrense!), y le instan para que se cante algo de la tierra de María *Zantísima*, donde en los años de servicio en la Marina se ha hecho más andaluz que *Rafaé er Gallo*. Sabe hacerse de rogar. No se arrancan así como así los buenos cantaores.

Cuesta que suba al tablao, pero en cuantito dice: Allá voy, ríanse ustedes del Mochuelo y vayan a p risa por un paraguas. ¡Palabra!

**UNA PREOCUPACIÓN**

Ni las guajiras del entrañable Cotorrilla desarrugan el entrecejo de unos cuantos que veo ensimismados toda la mañana, dale que le das vueltas a un encerado donde se anuncian los trabajos que se reciben para el certamen literario. –Me acerco. –Dicen que hay buenos premios. ¿Para quién serán? Mire usted que es difícil escribir. Si yo me atreviera. Y pasean buscando asuntos para sus composiciones, pensando *in mente* en el momento en que se les llame para recoger el galardón de sus trabajos.

**EN MARCHA**

La silueta ensotanada de Enrique Albiol destaca como nota de seriedad en el tinglado de la farsa. Sale de la biblioteca acompañado de algunos congregantes. Veo en sus manos líos y paquetes y bajo sus brazos, hojas y periódicos de propaganda. Es la sección de Caridad, que se encamina al hospital; la juventud cristiana, que por las nueves del dolor y del infortunio humanos, va a tamizar los esplendorosos rayos de su alegría y optimismo.

Es la hora de marchar. En tropel, que muchas veces semeja avalancha arrolladora, atravesamos los patios y galerías del antiguo convento de S. Diego. Con paso presuroso los de la sección de Caridad van a cumplir su misión. Ante la puerta de la parroquia del Sagrado Corazón, las manos, instintivamente, se alzan para destocar la cabeza y rendir un saludo al Prisionero del amor, a quien muchos visitan antes de partir, si el templo está abierto. Cae el sol con plúmbea pesadez, el viento adormecido ni siquiera mueve las hojas de los árboles. -¡Cómo pica el disco solar!

Nos internamos en las rúas de la urbe. Al pasar, la gente nos mira con curiosidad. Sí, es raro ver tanto joven junto y alrededor de una sotana. Al recogerme a mis lares resumo mis impresiones y me pongo a filosofar: pienso en la eficacia de este apostolado, de las diversiones, de las expansiones juveniles, que alientan las congregaciones marianas. He visto tantas veces cómo preparan el ambiente para la intervención de los elementos directores; tantas otras me han permitido llegar a corazones inabordables. Es tan propicia la alegría para provocar confidencias. Se han curado tantas almas con esta medicina salvadora de negros pesimismos prematuros, que por fuerza de constituirme en paladín que las defienda y proclame a voz en cuello sus excelencias.

**ANTONIO GUTIÉRREZ CRIADO**
Presidente honorario de la Asociación

# LOS CONGREGANTES Y EL SERVICIO MILITAR

Va, gracias a Dios, concluyendo en las familias el miedo cerval que a todas oprimía cual losa de plomo, si alguno de sus miembros había de ir a cumplir el servicio militar.

No ha muchos años en las casas día de luto cuando alguno de los hijos caía soldado. En la imaginación de la gente, principalmente campesina, el cuartel o el campamento tomaba apariencias y proporciones de ogro nefasto, de vampiro que succionaba la juventud de los pueblos, la tranquilidad de los hogares.

Gracias a Dios, repito, los prejuicios van desapareciendo. El trato familiar que dentro de la más estricta disciplina se da a los soldados, la constante solicitud del mando por darles todas las mejoras apetecibles, las facilidades con que hoy se cumple el compromiso militar, la orientación seguida con evidente acierto de hacer del cuartel magnífica escuela de ciudadanía, junto, ¿por qué no decirlo?, con la exaltación del espíritu patriótico, han hecho el milagro de que se mire con mejores ojos el servicio y de que casi todos los que pasan por un cuartel, bendigan después los días de su permanencia en filas.

Sin embargo, una honda preocupación pesa todavía sobre los que más o menos directamente nos dedicamos a la dirección y formación cristiana de la juventud; nace del cambio de vida que forzosamente el servicio impone a los jóvenes; de la autonomía de que gozan lejos de sus padres, de sus familias, en ambientes más propicios para la licencia de costumbres que los pueblos en que la generalidad habitan; de la relajación, cuando no la ruptura de lazos que quizás les mantenían en el cumplimiento de sus deberes de religión y piedad. Y es edad tan crítica, en la que esto acaece, que muchas veces este paréntesis que se abre en la vida de un hombre, provoca naufragios y hecatombes morales de horrorosa magnitud, que dejan triste huella en almas hasta entonces inocentes, tal vez fermento de corrupción cuando de nuevo vuelven a sus lares.

Deber es nuestro prevenir estos peligros; buscar medios de salvaguardar la vida de piedad de los que cuidadosamente la cultivan y acrecientan en las congregaciones marianas. Hace algunos años, en el primer congreso de Educación Católica, celebrado en Madrid, propuse en una de las secciones y todos los asistentes aplaudieron la idea, que debía intentarse entre marineros y soldados la formación de alguna congregación similar a la que tenían los caballeros alumnos de Infantería. Dese luego, con las variantes precisas y oportunas. Medio eficacísimo para la educación moral y religiosa de tantos como vienen al servicio descuidados y casi ayunos de sus obligaciones cristianas, sería, sobre todo, el mejor preventivo contra los peligros que el servicio militar encierra para los jóvenes, que ya en sus respectivas localidades eran congregantes. Quizá, esa solución por ahora no sea viable; no se pueden allanar, de momento, dificultades que impiden su realización; pero sí me parecen hacederos, poco costosos y fáciles los siguientes recursos:

En casi todas las poblaciones adonde pueden ir destinados los congregantes reclutas, hay erigida alguna congregación mariana, ¿no se puede aconsejar e inculcar a los jóvenes se pongan en contacto con esas

congregaciones? Para más obligarlos, ¿no se podría proveer a todo congregante soldado de unas como cartas comendaticias, para que fueran recibidos en la congregación correspondiente, durante el tiempo de su servicio? ¿No podrían los directores de la congregación de origen (llamémosla así) comunicar a los de la de destino la incorporación a filas en tal regimiento de sus congregantes, pidiéndoles vigilancia sobre los mismos?

No faltan en los regimientos jóvenes de la localidad que sean buenos congregantes, jefes u oficiales, amigos y protectores de las congregaciones marianas, capellanes celosos, de los que un buen director podría valerse para que los congregantes adventicios frecuentaran el trato de los de la ciudad; uno cumplieran con los actos reglamentarios y se conservaran en la atmósfera espiritual en que vivían antes de vestir el glorioso uniforme de nuestro Ejército o nuestra Marina. Sobre ser un medio eficaz y fácil, a mi entender, es esta una manera de hacer más llevadera la vida al joven que por primera vez ha de pasarla separado de su familia; s ele proporciona un núcleo de amigos jóvenes como él, alegres como su edad, de las mismas ideas, con las mismas ilusiones, de buen humor y de una envidiable campechanía. ¿Acaso no es este el mejor lenitivo de la ausencia de los suyos? La buena amistad es un tesoro y ¿qué mejor amistad para un buen congregante que la de jóvenes escogidos?

Lo confieso ingenuamente, la añoranza de los míos y de mi patria chica, que me atormentaba los primeros meses de mi carrera militar, sólo pudo conjurarla el trato con la entrañable Asociación de la Milagrosa de esta ciudad. ¡De cuántas morriñas se librarían los jóvenes congregantes al ingresar en filas, si de seguida se pusieran en contacto con las congregaciones existentes donde fueran destinados!

**ANTONIO GUTIÉRREZ CRIADO**
Capellán de la Armada

# BLANCO Y AZUL

Si tuviera que pintar el blasón de los amores de nuestra raza, no elegiría más colores que el blanco y el azul; ellos simbolizan mejor que ningún otro las fuentes de nuestra grandeza y en sus sagrados simbolismos se complementan y hermosean mutuamente, cual si fuera a la vez causa y efecto el uno del otro. La blancura, que nos habla de pureza, de candor, de inocencia y de gloria, nos recuerda los albos cendales del Pan eucarístico, lasa vedijas impolutas, del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, cuya sangre al rociarnos en lavatorio de redención, hácenos blanquear más que la nieve, que corona las elevadas crestas de altísimas montañas.

El azul, que nos hace soñar en las fintas de la aurora, pletórica de esperanzas, en la bóveda celeste, incentivo de elevación de miras, en horizontes risueños, símil de ilusiones puras, inmarchitables, nos hace volver los ojos a María y proclamarla Purísima e Inmaculada. ¿Nació el azul del blanco? Difícil es decirlo. Sólo sé que España, el pueblo más eucarístico del mundo, es el más amante de la concepción sin mancha de la Virgen; que estas devociones corren parejas en nuestra historia y doquiera que las artes, las ciencias, la literatura, las leyes, los más altos valores de nuestra raza han hallado ocasión, han proclamado de consuno estos dos amores, que nos han hecho ser grandes, excelsos, inigualados. Por eso, en todas partes oiréis el grito de bendición, acción de gracias de la raza hispana: ¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Alta y l apura y limpia concepción de María Santísima, concebida sin mancha de pecado original, desde el primer instante de su ser natural”.

**Antonio Gutiérrez Criado**
H. de M.

# DE NUESTRA VIDA

## CASOS Y COSAS

Hay anuncios que de tanto repetirse empalagan. Tal vez sea porque tratan de cosas que maldita la falta que nos hacen, y al leerlos un día y otro día torcemos el gesto en rictus de indignación y, menos mal, si de nuestros labios no se escapa otra exclamación que la vulgarísima: Jesús, ¡qué lata! Pasábame a mí eso con el prodigado reclamo del famoso Kodak. Miren que le han dado toquecitos; se llega cualquiera a figurar que el que no posee un aparatito fotográfico de la extendida marca, es el hombre más desgraciado de la tierra, porque todo lo tiene perdido; vacaciones perdidas, veraneo perdido, recuerdos ídem, a no ser que con tanta pérdida, pierda uno hasta el humor y la ecuanimidad estrujando el periódico donde tales cosas se dicen

con tanta cólera y rabia
que donde pone la mano
el delgado papel rasga.

**Y, lo que son las cosas,**

Al comenzar este artículo, me pesa con arrepentimiento tardío, de no haber atendido este reclamo insistente; cuántas cuartillas me ahorraría, si este año hubiera dispuesto de un modesto aparato fotográfico para transmitir al lector una serie de postales de casos y cosas de nuestra vida con fidelidad y exactitud. Volveríamos a vivir momentos dichosos y el Eco trasladaría a la retina del lector situaciones, gestos y actitudes, que dicen más que todo el fárrago de palabras que pueda soltar mi cálamo enmohecido. Claro, que yo necesitaba un cine-kodak parlante para el objeto que me propongo; pero... ¡qué vamos a hacer! Hasta que no me regalen por suscripción un aparatito, habré de contentarme con tocarme el trigémino, y resolver de la mejor manera posible el modo de presentaros esas escenas, que según me consta tanto os interesan.

**Actuaré de spicker...**

E-A-J-13. Radio Milagrosa. Buenos días, señores, comienza la emisión. Pasacalle, quiero decir que lo que voy a trasmitiros pasa en una calle céntrica de nuestra ciudad. Dejad que vuestra imaginación sitúe lo que os vaya enunciando: comercios a un lado y a otro, algunos curiosos en los escaparates, niños que marean a los papás, niñas que quisieran marcar a algún pollo, algún vendedor de iguales, un simpático mantenedor del orden, etc., etc. Es el atardecer. Siete u ocho jóvenes, bien portados ellos, seriecitos los menos, estirado alguno, alegres y pinturerillos los más, entran por grupos en los comercios, saludan muy finos, sueltan su discursito, que algunos han tenido buen cuidado de embotellárselo

primorosamente y salen unas veces con cara satisfecha, otras, las menos, como para no pedirles un favor.

-¿Qué?, preguntan al juntarse.

-De quince pesetas. ¡Buena casa!

-Nosotros allí uno de tres; acá.... Que perdonemos por Dios.

-Cá, hombre, ni eso. Nos han *largao* un discurso progresista del siglo XVIII. "Que más vale que nos dedicáramos a otras cosas; que el pan no nos lo va a dar la divinidad".

-Por lo visto, ese señor desconoce que no solo de pan vive el hombre.

-O que, a quien busca el reino de Dios y su justicia, todo lo demás se le dará por añadidura.

-Y ¡contra!, replica un tercero, que ¡a Dios rogando y con el mazo dando! No quita lo cortés a lo valiente, y si se fija un poco en todos nosotros, se convencerá que por ser congregantes tenemos más empeño en cumplir mejor con los deberes que nos impone la vida.

Mercader aparece sonriente, presuroso, comunicativo. Se había extraviado a solar un discursito.

-Señores, exclama prosopopéico al par que melifluo, acabo de agenciar un anuncio de cuarenta pesetas, ¡plana entera!

Tiene que huir para no recibir los efectos del golpe que ha dado. Es el héroe. Pugnan por salir los hurras y ovaciones. En el ánimo de todos hormiguea un deseo irresistible. En cuanto lleguen a la misericordia hay que darle una vuelta en hombros por el ruedo. ¡Bien por el plácido amigo! Luego dicen que las comedias no ilustran. De algo le ha servido ser un perseguido por Calles en "Prima fila".

El triunfo de uno enardece a los demás.

-A seguir trabajando. A ver si lo achicamos.

Y estimulándose mutuamente, continúan todos dando sablazos de anuncios para ayuda de gastos de este número de El Eco, que hoy lector contemplas en tus manos.

## ¡Oh poder arrollador de la juventud!

Y crean ustedes, señores, que no sólo se ha manifestado en ese terreno, sino en otro más admirable que les ofrezco en este segundo numerito del programa radio imaginario, que les estoy dando.

Abandonemos, señores, la calle, que no es bueno el relente para admirarse, porque en boca abierta (efecto inequívoco del asombro) penetran, como ladrones, pulmonías más o menos sencillas y dobles. Les recomiendo que hojeen corriente arriba o abajo nuestro extraordinario y encontrarán una información gráfica del acontecimiento. Pero esa fototipia no nos lo muestra con todos sus detalles, antecedentes, consiguientes y concomitantes, que le adornan y caracterizan. ¿No han caído ustedes? Pero, ¿no han oído hablar del gran suceso, del sensacional succes de la Asociación en el año presente? La prensa diaria se ocupó de ello, fue comidilla de la gente durante algún tiempo y el cielo permaneció sereno, límpido, azulino, sin barruntos de tormenta, a pesar de los augurios de muchos, que no nos conocían. A buena hora iba a fracasar el orfeón. Ya, ya. No es nadie don José S. Medina organizando masas corales. Es una cosa seria, más seria que el pequeño Gambín. Y luego hay que ver la masita, es decir, los componentes de la masa. Es una escala sorprendente. Entre Roselló, el bajo más bajo del orfeón, que podemos colocar siete u ocho líneas por bajo del pentagrama, a la altura de Paco, que con facilidad pasmosa roza el sol de pecho,

podemos intercalar toda una gama de voces de todos los colores, digo de todos los tonos y matices, que hay que oírlos en la aurora, entendámonos, cantando la Aurora, pieza orfeónica, no haciendo competencia a los tenores de corral, no hay que confundirse.

**El primer vagido**

Del recién nacido orfeón, fue ¡cómo no!, dedicado a nuestra Milagrosa en nuestra iglesia; para su primera manifestación ad extra buscó el marco cartagenerisimo del templo de la Caridad. Valientes y arriesgados, cada cual, sin embargo, llevaba su racioncilla de miedo, estaban un poco excitadillos, los pícaros nervios, pero eso mismo les hizo cantar con más sentimiento y de ambas actuaciones dejaron gratísima impresión en quienes les escucharon. La amada patrona de nuestra ciudad parecía sonreír desde su trono, como madre que celebra la ofrenda que el hijo querido le hace de una nueva habilidad; los congregantes unían al hermoso himno de amor que le consagran a la cabecera de los enfermos en sus visitas dominicales al santo hospital, este otro que en raudales de armonía salí de sus gargantas juveniles con acento emocionado.

**¡Al coche, al coche!**

Hagamos un prolongado calderón –nada más indicado- en estos comentarios musicales y pasemos a otro asunto. Oyese ruido trepidante de un motor: la tarde está lluviosa, cae un verdadero chubasco tropical, ¡vaya aguacero!, pero nosotros, firmes y decididos, continuamos embarcando los chismes del tinglado de la farsa, no en la desvencijada carreta, que diría el maestro Benavente, sino en un flamante autobús, que nos mandaron nuestros hermanos los hijos de María de la Aljorra, para que fuéramos a hacer en el vecino pueblo unas funcioncitas de nuestro repertorio. ¡Qué tarde, señores, qué tarde! De mayo era florido y hermoso, pero le dio por llorar y nos aguó la fiesta, y como íbamos a debutar en un teatro al aire libre, improvisado en una calle, pese a nuestra buena voluntad –estábamos decididos a trabajar incluso con paraguas- tuvimos que desistir de lucirnos por aquella vez.

Menos mal que no se perdió todo en la jornada. Si no logramos poner la "Pitanza" de los Quintero, hicimos los honores a otra no menos sabrosa de autor o autora desconocida, pero de ingredientes confortables, a que galantemente nos invitaron los simpáticos camaradas aljorreños. Y como nosotros somos así, vencidos por tantas atenciones, prometimos solemnemente volver un día festivo próximo (si el tiempo no lo impedía y con permiso de la autoridad competente) y al domingo siguiente, que apareció sonriente, cumplimos la promesa y, sobre rústico escenario, a la luz de la luna y de unos aparatos de acetileno, hicimos reír hasta a un felino curioso que merodeaba por los tejados. Nos gusta dejar en buen lugar a los amigos; habían garantizado la risa, según rezaban los programas de mano, y pusimos en juego con éxito indiscutible todos nuestros recursos lícitos; conste que no hubo que apelar a medios violentos, ni siquiera a hacer cosquillas, ¡palabra!

**Volvamos a Cartagena**

Y sigamos también con teatralerías. Quisiera presentaros una instantánea obtenida en un momento cumbre de la temporada; la tarde aquella en que corrió por el escenario, casi a torrentes, la sangre inocente del pobre Zaragüeta. Todos en él pusimos nuestras manos, pero hubo quien se ensañó como un chacal; no vale citar nombres. Pero , ¿quién no recuerda al actor que se

atragantó con unos huevos melos e hizo una salida a buscar su americana, tardando tanto que el público impaciente, preguntaba: ¿Habrá ido al monte de Piedad?

Pasemos adelante. Si soy sincero al recordar fracasos, he de serlo también al enumerar triunfos y de esos ha habido para sacarse esa espinilla. Dios castiga la presunción, pero recompensa cuando las humillaciones que permite se sacan lecciones provechosas, y eso ha pasado con estos muchachos. Ha sido pródigo en concederles éxitos; díganlo si no el teatrito repleto en las temporadas de invierno y de verano, la aceptación por parte del público de las piececitas que se hacen, la popularidad que alcanzan los actores y sus dichos y los escenógrafos maravillosos, cuyas producciones ya quisieran firmarlas muchos profesionales de nota. Y eso que el público no ve más que la superficie; si conociera los sacrificios que estos chicos hacen. Quien más, quien menos, tienen sus ocupaciones, sus estudios, sus trabajos, en cuyo cumplimiento procuran sobresalir –buena prueba de ello es la estimación que se tiene de los más, véanse dos botones de muestras en los pensionados-y para hacer compatible la obligación con la devoción al arte de Talía, llegan a la heroicidad de tener los ensayos a las seis y media de la mañana, aún en invierno; me parece que es un rasgo digno de tenerse en cuenta, a los veinte años y, sobre todo, en algunos que yo conozco. ¿No es así, Pepe? Y no se diga que estos sacrificios son dignos de mejor causa. Desde luego que la finalidad inmediata que se persigue, es que las funciones salgan bien; el respeto al público, la negra honrilla, el saboreo del aplauso son estímulos de bastante fuerza, pero los congregantes en todas sus cosas buscan algo más; y como el punto de mira está más alto, se sienten con arrestos para estos y otros sacrificios mayores; no es sólo la función, es todo aquello por lo que la función se hace; proporcionar distracciones honestas, mantener vivos la unión y el trato de unos con otros, demostrar que *joven católico* no es sinónimo de ostra, entretener los ocios los días festivos y, ¿por qué no decirlo?, allegar recursos para la vida de la asociación, no por el afán de hacer cuartos, sino porque las pesetas que nos ingresan son la semilla de las obras que acometemos: biblioteca, “Eco”, certamen, sección de caridad, etc.

**Último numerito**

Déjame, radio-escucha, que te cuente una anécdota cuya caricatura te está sin duda intrigando. ¿Que no? Si te conoceré. Pues atiende: tú has oído hablar de unos certámenes que organiza esta asociación para solemnizar la fiesta de su aniversario. Bueno, he aquí que el año pasado se les ocurrió a los organizadores anunciar unos temas de arte, en los que están comprendidos trabajos manuales en madera, escayola, hierro, barro, etc.; y fue tal la aceptación, que se aprestaron los congregantes artistas a disputarse los premios, poniendo cada cual en jaque sus habilidades, que en honor de la verdad, he de confesar que son muchas y excelentes, y hubo uno que quiso epatar a los demás; agotó el barro del almajar, hizo una imponente estatus, tuvo que alquilar dos cargadores del muelle para el transporte de su trabajo, cuya conducción sorprendió el lápiz de nuestro dibujante y, cuando lleno de ilusiones, oliendo muy de cerca la corana de laurel o el laurel de la corona, iba a presentar su obra, frunció el ceño, arqueó las cejas, miró al soslayo, volvió grupas, fuese y no hubo nada. Se les había olvidado un pequeño detalle.

Malas lenguas dicen que se le olvidaron las orejas o las narices, quien asegura que la cabeza entera; más bien creo que omitió, sin darse cuenta, el consabido letrero para que el jurado supiera a qué atenerse, porque aquello así a

simple vista, lo mismo podía ser el Etna en erupción que una *espantá* de Cagancho.

**Por Dios, amigo**

No sueltes el auricular fantástico que te has colgado junto a los pabellones auditivos. Acaban de soplarme esta frase, que tengo necesariamente que contestar: "Pues señor, ustedes no están más que de juerguecita, comedias, excursiones, orfeón, certámenes, eche usted". -¡Pare usted la jaca, mi amigo! La sustancialidad de todo esto no puede ser ni más importante, ni más trascendental, aunque nosotros por nuestro carácter y nuestra edad lo revistamos del condimento agradable del buen humor. Y además, radioyente amable, todo lo referido en estos "casos y cosas", no es lo único que hace esta asociación. En otros artículos te puedes enterar de lo seriecitos que somos, y si te das una vuelta por nuestro domicilio social, te percatarás de lo a punta de lanza que todos y cada uno de los congregantes llevan el cumplimiento de sus deberes, de los preceptos reglamentarios. Aquí procuraremos divertirnos como jóvenes que somos, pero ante todo tenemos buen cuidado de ser y portarnos en todas nuestras cosas como verdaderos Hijos de María. Y quien no cumple, aunque sea un excelente actor, un orfeonista despampanante o más literato que Palacio Valdés, es incluido en la lista negara y dado de baja en la asociación. Lo primero es lo primero.

**Señores, ha terminado**

E-A-J-13 Radio Milagrosa. –Para el próximo extraordinario, programa monstruo, dedicado al centenario de la aparición de nuestra Virgen. –Buenas.

**ANTONIO GUTIÉRREZ CRIADO**

# DE NUESTRA VIDA

## CASOS Y COSAS

A decir verdad, siento mis miajas de recelo al empezar mi acostumbrado artículo del extraordinario septembrino. Pudiera encabezarlo con el célebre verso de la famosa composición "Escribidme una carta..."

Una congoja, al empezar, me viene. ¿Por qué? La cosa es sencilla. Desde el año anterior, a todas horas, viénenme diciendo los congregantes: "Este año sí que va usted a tener que contar. ¡Vaya casitos para su artículo! Mire usted lo que les ocurrió a Fulano y a Menganito. Pues, ¿y lo de Perenganito?

¡Oh!, con Madrid, con el viaje a Madrid, tiene usted para llenar todo el número.

**Estoy anonadado**

Verdaderamente. No hay nada que me sobrecoja más que la expectación, y no hay montaña más insuperable para mis escasas fuerzas de escritor, que hacer un artículo, que ya me dan hecho. Esto crea en mi un estado patológico, que me hace ver en las cuartillas enemigos emboscados y considerar la pluma como espada de dos filos, que se volverá contra mí; y creedme, lectores, me invade el pesimismo pensando, que como mi artículo ha de ser mío, es decir, no el artículo que cada uno haya compuesto para su uso personal con las anécdotas y sucesos culminantes del presente año, se van a llevar todos una decepción, e *in mente* me arrojarán a la cara su desengaño exclamando: esto no es lo que esperábamos; para este viaje...

**De seguro**

Que hay quien aguarda impaciente y sonriéndole hasta las entretelas, el comentario que nos sugieran peripecias, ocurridas a algunos héroes anónimos, pues no esperen que mi pluma de pábulo a su hilaridad, cuando quizá esas mismas incidencias provócanla a indignación. Díganme ustedes, ¿puedo mostrarme alborozado e incitar a la risa al referir este hecho? Oído al parche.

Un congregante de los más preclaros y conspicuos, trabajador incansable, que por sí solo ha conseguido para nuestro Eco más anuncios que una empresa anunciadora, benemérito por todos lados, hasta por el caballete de la nariz, donde cabalgan pulcras gafas de carey (¡caray!), planeador empedernido (para cada cosa, por nimia que sea, tiene su plan de organización), propuso insistentemente, cuando proyectábamos el programa de nuestra estancia en Madrid, durante las fiestas centenarias de la Milagrosa, que se incluyera como acto principal la visita al Prado (paseo y museo); no hubo reunión en que su altisonante voz no apoyara la tal propuesta, y cuando ya en la corte llegó el tiempo de realizarla, no pudo tener la satisfacción de acaudillar las masas, por no sé que quid pro quo que le ocurrió con un taxi en la plaza del Ángel. ¡Pasan unas cosas!

¡Tiemblan de ira hasta los tipos de imprenta que esto refieren! Y sube de punto más, cuanto que la causa de ese incidente, no fue, a mi ver, el isidrismo de que adolecemos en Madrid los provincianos, cualidad que en manera alguna puede imputarse a nuestro amigo (no hay más que verle), sino una especie de tirria, que nos tomaron a todos los que olíamos a Hijos de María, los conductores de taxi. No exagero: pasemos por alto la ausencia de vehículos de toda clase al llegar a la estación –era la fiesta del trabajo y se comprende que nadie trabajara- pero ¿no parece confirmar mi sospecha la estupefacción del chófer requerido por el insigne Miguelito para que le condujera a la calle de Jesús 3 número, no me acuerdo?

**Menos mal**

Que hay otros acontecimientos, que nos resarcen de estas oleadas de justa indignación, y fuerzan a nuestra pluma a actuar de botafumeiro. Sí, ha sido pródigo el presente año cual ninguno en nuevas felices. Año del centenario de nuestra Milagrosa, parece haber excitado la actividad de los congregantes, para que fuera un año cargado de frutos en sazón, que ofrendar a nuestra Virgen adorada. En el curso ordinario de la vida de la asociación, como en las gestas extraordinarias que la esmaltan, hemos apuntado, al correr de los días, interesantes notas, algunas de las cuales podrían constituir un simpático emocionario.

**Voy, ante todo,**

A saciar tu curiosidad, lector. No apuntes con el dedo que es feo vicio; sí, esos retratos que ves ahí, son de los que tú dices: Letang, Ayala y Paco Gambín, sorprendidos por el lápiz de nuestro dibujante en los momentos cumbres de sus nunca bien ponderadas charlas. Nada, hombre, que le ha salido un grano, digo tres granos, a García Sanchiz. Que lo pregunten a los Hijos de María, que salían encantaditos de las amenísimas conferencias familiares que les han endilgado estos tres colosos de la oratoria. ¡Vaya naturalidad! ¡Vaya elegancia! ¡Vaya discursos bonitos!, y ¡vaya calor!, que hacía en el local donde hablaban, y nadie se movió de su sitio, ni se abanicó ni aún con las pestañas, de puro subyugados que estaban, oyéndoles. Tributémosles una ovación cerrada a cada uno y pasemos adelante.

**Ta-ka-tán-Takatán**

A setenta por hora en el correo de Madrid, a campo traviesa por las huertas murcianas; bueno, eso de que se oye el tableteo, que quiere reflejar la onomatopeya es una figuración mía. ¡Menudo jaleo el del coche en que vamos! Hay disculpa; la juventud es alborotadora y más si realiza un viaje en el que se ha soñado con ilusión, con cariño. Ha terminado el yantar y una voz grave, potente, se impone: “Por la señal. Señor mío Jesucristo”. En las manos brillan los rosarios y fervorosamente salen las plegarias de los labios de todos, coreadas por el isócrono martilleo de las ruedas del tren sobre los rieles. Del departamento contiguo un caballero, que va entusiasmado con la bullidora alegría que reina entre nosotros, ha pasado a nuestro coche, se ha unido a nuestros rezos, y no ha podido ocultar la emoción que la embarga. Una lágrima le ha delatado. ¡Es muy bello espectáculo ver rezar a los jóvenes! ¡Oh, si todos rezaran, no existirían esos valientes de ahora, desdoro de la raza hispana, baldón de nuestra historia, negación de nuestra nobleza e hidalguía legendarias! Sobre todo si a Dios rogando y con el mazo dando, que es el santo y seña de

estos congregantes. Porque la oración acarrea las gracias que continuamente necesitamos para guardar el equilibrio en este continuo andar sobre el alambre de la vida, y de la moderna en particular, y el trabajo propio, el esfuerzo de la voluntad nos hace cooperar a la acción de Dios, cooperación necesaria para nuestra salvación, pues Dios que nos ha hecho sin nosotros, no ha de salvarnos sin nosotros.

**¡Qué casos más edificantes!**

Ha hecho brotar la Virgen entre los congregantes en este año de bendición. Si no temiera al lápiz rojo de mi propia discreción, que no quiere herir modestias de nadie, vaya si pasaría al papel algunas anécdotas. Pero hablemos en tonos generales. Anotemos, en primer término, una venturosa catástrofe: el derrumbamiento del respeto humano. En el viaje a Madrid parece que salió disparado por las ventanillas del tren, al blindar nuestro coche con la medalla Milagrosa, y no ha vuelto a atenazar hasta ahora a ninguno de los nuestros. No diga nadie que eso fue efecto del entusiasmo colectivo; porque podría presentarle bastantes casos, en que estos muchachos, en circunstancias puramente personales, privadísimas, han hecho honor a su condición de congregantes.

**No m resisto**

Porque viene como pedrada en ojo de farmacopola, a transcribir la contestación, que uno de los nuestros espetó a unos amigos accidentales jóvenes de este siglo, que le invitaban a un espectáculo de esos que la gente de ahora encuentra muy naturales y corrientes, pero que tanto hacen llorar a los ángeles de la guarda: “Para esos espectáculos no venden billetes a los Hijos de María”. Eso es definirse. ¿No está de moda? Pues estos chicos se han definido en su conducta pública y privada, en sus palabras y en sus acciones. ¡Hijos de María! Completamente definidos.

**Claro está**

Que esta definición constantemente sostenida, les ha exigido algunos sacrificios, calladas abnegaciones, frenar el amor propio, vencer pasioncillas, pero ¡qué diantre!, ¿no compensa una mirada maternal de la Milagrosa? ¿No dejan más satisfacción en el alma estas victorias sobre nosotros mismos que el declinar a la izquierda en seguimiento de nuestros caprichos? Cuenten, cuenten los que estuvieron en Madrid. Hubo algunos de pasar sus apurillos para reunir los monises necesarios, estuvieron sujetos a una vida de disciplina, casi de colegio, ejercitáronse en pequeñas mortificaciones, imprescindibles en esos casos; pero, ¿no lo dieron por bien empleado ante las cataratas de inefables deleites del espíritu, que aquellos inolvidables días arrojaron sobre nuestras almas? No puedo recordar sin emoción la frase que a uno de los peregrinos se le escapó al abrazar a Enrique en el día de su primera misa: “¡Qué día más feliz! ¿Qué será contemplar una primera misa en el cielo?

**¡Oh! Cómo resultan**

Desabridos todos los placeres de la tierra, a la vista de estos superiores deleites! Mirad si no, la cara de beatifica quietud con que ve volar al empíreo la cena de una noche, ese congregante, que nos muestra el adjunto dibujo. La implacable manecilla del reloj corrió más que él quisiera y fue héroe a la fuerza. De fijo que nadie pensó nunca con más entusiasmo en los aladroques, pero se

sacrificó gustoso y venció su apetito en aras de la disciplina social, nervio de las colectividades y por amor a la Milagrosa. Dediquémosle un sentido homenaje. Dos minutos de silencio.

**Cuando transcurran**

Pasemos a admirar, lectores, dos magníficos monumentos que quedarán en nuestra asociación como recuerdo del centenario. No los contemplemos a guisa de turistas a quienes no les va ni les viene, sino como propietarios interesados, a quienes rendirán honra y provecho. El uno es de índole altamente sobrenatural, de alcances divinos; la sección misional que se ha constituido entre los congregantes. El otro, es material y corpóreo, pero ha de ser centro de la actividad de la asociación, lugar de solaz y esparcimiento, vivero de ilusiones nacidas de la mutua comunicación, domicilio social de esta familia de Hijos de María: es nuestro salón.

En la erección de estos dos monumentos estamos empeñados en los actuales instantes. Se trabaja con ardor y entusiasmo. La sección misional cuenta con la sabia dirección de don José Sánchez Medina, experto como el que más en estas lides, y con la cooperación de un núcleo numeroso de asociados en quienes prendió el dardo, lanzado en nuestras jornadas madrileñas del pasado mayo, por el celo misionero de Enrique Albiol.

**Nuestro salón de actos**

Ha tenido la virtud de convertir en incansables albañiles a los Hijos de María. El apunte, lector, que te ofrecemos, es reflejo del natural. A nadie se escapa la trascendencia que para nosotros tiene contar con un salón; por eso nadie regatea su concurso. El mismo te reclamo, lectora o lector de estas líneas. Para estos dos monumentos lo necesitamos; concurso de oraciones y limosnas para las misiones, de tu ayuda generosa para el salón. Así todos en ellos tendremos nuestra parte y habremos contribuido a perpetuar dignamente los esplendores del centenario de la Milagrosa.

**ANTONIO GUTIÉRREZ CRIADO**

# EL ECO DE LA MILAGROSA

*Órgano de la Real Asociación de la Medalla Milagrosa, establecida en la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, con aprobación eclesiástica*

***El Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de la diócesis concede 50 días de indulgencia por la lectura de esta hoja***

*Redacción y administración:* ***CASA DE MISERICORDIA*** *-Cartagena*

| Año XIII | Suscripción 0'10 ptas. al mes | Cartagena, enero 1931 | NÚM. 142 |
|---|---|---|---|


## LA SALVE DEL AUSENTE

Suenan en lo interno del alma repiques de gloria. Alboreó el día 29 de noviembre y el corazón se orienta hacia Cartagena con una fuerza irresistible. Málaga, la bella, que nos retiene con su placidez y sus encantos, cuyo ambiente se adueña de nosotros con fuerte simpatía, se esfuma en nuestra mente para dar paso a la imagen de la otra perla del mediterráneo, ciudad bendita de la caridad, volcán de amores que vierte sus lavas ante la Inmaculada Milagrosa.

Es el atardecer; el crespúsculo tiñe las siluetas de los edificios de pálido rosicler; pisan mis pies las calles malagueñas, pero me parece estar muy lejos de aquí. Con ansiedad busco en las carteleras de los templos donde habrá una salve inaugural de novena a la Inmaculada, y no lo hallo.

Anhela emociones del canto sagrado, dar pábulo a la aspiración, que en este tiempo me acomete, de endechar a María en su misterio más hermoso los dardos encendidos de mis afectos más puros; quiero unirme y sentirme unido a mis inolvidables asociaciones de la querida parroquia del Sagrado Corazón, en el primer arpegio con que, cantores de la Virgen, saludan a su Madre en su tradicional novenario. Mas no hay aquí costumbre de abrir los novenarios de esta forma. ¿Habré de renunciar a mi piadoso deseo? Una iglesia abre ante mí sus puertas. El recogimiento y el silencio me brindan lúcidos repliegues donde acogerme para vivir a solas con mi espíritu.

Sonríeme una preciosa imagen de María y postrado a sus plantas, apretando contra mi pecho su medalla, mi medalla de congregante, dejo cantar en las moradas de mi interior castillo, a mis recuerdos y mis amores, recuerdos

de los días de asociación y amores de Hijo de María y vivo momentos dichosos, instantes de cielo.

Se trasfigura el templo; veo la prolongada hilera de los congregantes, que entre las apiñadas de devotos, escoltan la bandera de la asociación hasta el altar de la Inmaculada. Traídas por ondas misteriosas, escucho las voces viriles de la *Schola*; contemplo entre nubes de incienso el rostro de la Purísima, que tantas veces fue ... acelerado el golpear del corazón contra mi pecho corea ferviente con tonos opacos el sagrado canto de la salve lejana, que con tanto placer escucha mi alma. Pierdo la noción del tiempo que trascurre, la imagen de María continúa sonriéndome. Al salir, mis ojos tropiezan con un Hijo de María, uno de los nuestros, como yo embarcado en uno de los buques de la escuadra.

-Ya empezó nuestra novena, le digo, vengo de la salve. Me mira extrañado. La identidad de afectos y de anhelos le hace comprender.

-¡Oh, sí!, contesta, allí estuve yo toda la tarde. Los dos habíamos volado hacia Cartagena, al nido de nuestra asociación. Nuestras almas, palomas mensajeras de María, de la Inmaculada Milagrosa, no pueden perder nunca el cariño de su nido, se sienten siempre atraídas por los mimos inolvidables de la más amante de las madres, por el calorcillo de hogar delicioso que forman en nuestra querida ciudad de los Hijos de María de la Misericordia. Allí está nuestro tesoro, allí nuestro corazón.

**Antonio Gutiérrez Criado**
Presidente honorario de la asociación
Málaga, a bordo “Jaime I”

# CASOS Y COSAS

Nunca me he sentido más ufano y orgulloso. Finalizaban las fiestas íntimas, sentidísimas, que en los primeros días del mes de julio último celebramos para conmemorar las bodas de plata de esa insigne religiosa, que se llama Sor Francisca Armendáriz. En mi interior resumía las impresiones, que fueron acumulándose en tropel y avalancha incontenible, sobre mi alma.

Había asistido al homenaje de una Hija de la Caridad; me había saturado de los torrentes de cordialidad y gratitud, que el corazón de Cartagena deja escapar, cuando quiere patentizar su veneración y cariño; y con ser esto mucho y agradarme sobremanera, por ser admirador de Sor Francisca, alma de nuestra asociación, y más aún del espíritu que la informa, como a todos los ángeles de la caridad, hijas de san Vicente de Paúl, a quienes en ella el homenaje se rendía. Mucho más que esto, me satisfizo la significación que estos chicos, congregantes entusiastas de la Milagrosa, quisieron dar a estas fiestas.

Y fue, en estos tiempos de defección y cobardía, hacer ostensión de sus sentimientos religiosos, protestación sincera de su fe, afianzamiento en sus convicciones por la adhesión a Cristo, cifra, compendio y móvil de todos los méritos de la homenajeada. Bien cumplidamente lo realizaron. Templados los ánimos, llenos de intrepidez nuestros pechos, generosos en proponer y anhelando por cumplir nuestros propósitos, el corazón de cada congregante debía parecer a los ojos de Dios, como globo ígneo de cristal transparente y luminoso, en sazón de tachonar, cual refulgentes estrellas orientadoras, la noche de pesimismos que atravesamos.

**Y fue entonces**

Cuando, tímido al principio, confiado al medio, enardecido al fin, propuse a la juvenil asamblea un proyecto. Necesitábamos todos sellar aquellos sentimientos indecibles, habidos en día tan memorable, ratificar la adhesión férvida y vibrante a nuestra religión, inyectar fortaleza de piedra a nuestra fe. Había yo de partir a los pocos días para Roma y otras ciudades de Italia. ¿Qué medio mejor de plasmar nuestros propósitos, que cincelarlos en nuestra salmas junto a la cátedra de San Pedro, a los pies del pontífice, piedra angular visible, donde la Iglesia resiste los embates de todas las tormentas, sin que las potestades del infierno, que las desencadenan, puedan prevalecer contra ella? ¿No me acompañaría, al menos, una representación de la asociación de la Milagrosa para presentar los votos de los asociados a Su Santidad y recibir para todos la bendición del más augusto soberano de la tierra?

**Quedaron atónitos**

Los congregantes; miráronse unos a otros y aún algunos a mí, teniéndome por alienado; tristemente movieron la cabeza en sentido negativo, después de mirar carteras y bolsillos y por un instante temí que mi proyecto se aguara. Mas, nunca faltan espíritus generosos y atrevidos. “A pie y sin dinero”, gritaron algunas voces. “Andando”, exclamó Conesa, saliendo de su sitio y

viniendo hacia mí. “Si yo fuera célibe, sería Robinson más”, decía Paco Gambín, honorable maestro de Erbecedo. Pronto me rodearon unos cuantos, de los incondicionales, de los que han aprendido a no reparar en medios y recursos, de los que tienen por lema los versos del poeta:

Sigue al que cree, no sigas al que niega
La fe nunca tropieza, aún siendo ciega

Providencialista convencidos, no temieron el tropiezo de la falta de dinero; en Él que viste a los lirios del campo y prepara suculento banquete a los pajarillos del aire pusieron su esperanza y, al fin, pude lograr compañeros de mi fe en el viaje a la Ciudad Eterna. Mis ojos se humedecieron de lágrimas. Un aplauso nutrido salió del resto de los congregantes. Con el brazo extendido parecían después transmitirnos sus votos, sus deseos, sus propósitos. Nuestro digno director y Sor Francisca nos bendijeron emocionados. Entonamos nuestro himno, que nos presta nuevos bríos y ¡hala!, a preparar equipajes, para emprender la excursión.

**Se dice vulgarmente**

Que las cosas han de ser pensadas y hechas. Por eso, sin dejar enfriar los ánimos, a los pocos días nos reuníamos los expedicionarios en Cerbere, en la frontera, lugar convenido de antemano. Cantaba el alma de todos la ritmo de sus deseos. Nos dominaba la curiosidad de ver cosas nuevas, de pisar tierra extranjera, de visitar ciudades históricas y, sobre todo, de postrarnos a los pies del Sumo Pontífice, anhelo ferviente de nuestras almas cristianas de Hijos de María.

Al dejar tierra española en Port-bou, tuvimos el primer incidente. Los carabineros, que ahora por lo visto creen que todo el mundo va al extranjero a llevar dinero, nos hicieron víctimas de un detenido examen. Bueno, a todos no. Perico Gambín, Conesa, Mercader, el petit Campoy, Miguel Fernández y Gonzálbez pasaron la frontera con los bolsillos al aire. “¡Que nos registren!”. Pero a Roselló, a Cristóbal Campoy y a mí, casi “nos desnudan”. ¿Tendremos cara de ricos? Escasamente reuniríamos entre los tres, mil pesetejas para gastos menudos de la peregrinación. Conste que todo lo llevábamos pagado. Al fin nos dieron el Vº Bº para pasar a tierras de Francia.

*Voila, nous sommes dans la France*, exclamó Mercader, tirándoselas de Moliere, al tomar el tren francés en Cerbere. Nuestro acto fue, ¿cómo no?, rezar un avemaría emocionados a nuestra Virgencita Milagrosa de Cartagena. Monopolizamos las ventanillas; desmesuradamente abríamos los ojos para no perder detalles. Roselló que ya antes había pisado tierra francesa, nos asesoraba de costumbres y cosas, que nos pudieran llamar la atención.

-Fijaos en la laica Francia –exclamaba de vez en cuando Campoy, el mayor, y su dedo señalaba al pasar por los pueblecillos de la República vecina, -de la que queremos ahora copiar el laicismo, -los cementerios plagados de cruces, y en su centro el crucifijo imponente, que se alzaba majestuoso como signo de redención, como faro gigante, que iluminando con resplandores de gloria las rutas, que siguieron los fieles dormidos en sus brazos, deja caer sobre el corazón de los vivientes consuelos y esperanzas.

**Tarascón, primer cambio**

De tren. Parada y fonda. Miguelito Fernández comienza a olisquear por los alrededores de la cantina. Pide el menú y asombrado nos interroga con los ojos. No entiende ni jota. Aquí nos van a dar gato por liebre. Eso no sé –responde Adolfo Campoy, pero de filetes de *cheval*, me parece que no te libras. -¿De qué? –De caballo, hombre. Conesa comienza a mover los labios como si tascara el freno, y cada cual se aplica a engullir lo que le presentan.

-A buen diente, no hay pan duro, intervengo yo. Y además, aunque tengamos que hacer alguna mortificación en la comida, no hemos de olvidar que vamos en peregrinación y hemos de dar al viaje carácter penitencial.

-Eso, dice Mercader, no hay que perder nunca el carácter de peregrinos, que eso somos, aunque con esta ropa no lo parezcamos.

Me refiere Campoy que en los días de preparativos, costó Dios y ayuda convencerle de que se podía ir en peregrinación vestido a la moderna. A todo trance quería haber salido con su túnica y esclavina con conchas, con el bordón en la mano y la calabacita, como que fue a pedir a Letang el traje, que este sacó una vez en no sé qué comedia.

**De nuevo**

El tren nos recoge para conducirnos a la frontera italiana. Aprovechamos una parada larga en Marsella para conocer un poco la ciudad. A marcha de taxi –que después, ¡ay!, bien caro lo pagamos- recorremos sus calles, el puerto, admiramos por fuera la catedral magnífica, ascendemos hasta el santuario de *Notre Dame de la Garde*, a cuyo lado se levanta airoso dominando la ciudad un precioso monumento a la Virgen Santísima, y desde allí contemplamos la luminosa perspectiva de la ciudad. Lástima que sea de noche. La espléndida iluminación que hay por todas partes y la luz de la luna nos ayudan un poco en nuestro empeño de ver. Todo nos parece admirable, pero sobre todo, la fe reflejada en los monumentos religiosos que encontramos, y que son una prueba inequívoca del laicismo del pueblo francés.

**Las rosadas tintas de la aurora**

Vienen a sorprendernos cuando ya el monstruo férreo parece cabalgar por cima de la Costa Azul. Bruma matinal rodea sus contornos y nos impide recrearnos en su vista. Desdibújense perdidas en la niebla, las siluetas de las famosas villas, que rodean los tan pintorescos lugares de Niza, Mónaco, Montecarlo, Mentón, etc.

**Ventimilla**

Frontera italiana. Otra vez visado de pasaportes. Comenzamos a ver variedad de uniformes militares.

-Mire usted esos soldados de luto, me dice Conesa.

-Son los camisas negras, los fascistas, responde Roselló.

Mercader se encarga del *bagaglio*. Dejámosle que se entienda con los aduaneros. Presume de parlar el italiano, porque se ha dado un atracón del manual de conversación y porque hizo una vez de Sansoni en el "Verdugo de Sevilla".

Indudablemente que Italia es el país de la belleza. Ese juicio nos formamos a medida que avanzamos por territorio italiano. Aún en los más insignificantes detalles este pueblo tiene el sentido estético. Se nota en todo el trayecto y luego lo hemos comprobado por todos los lugares que recorrimos,

una actividad febril, tanto en el campo como en las ciudades, y todo da sensación de orden, de progreso de un pueblo, que se renueva y quiere triunfar. Precio Gambín y Gonzálvez durante este primer viaje y más tarde en las ciudades que visitamos, se entretienen en descifrar las inscripciones que ensalzan los nombres de los que perecieron en la gran guerra, con frases de exaltado patriotismo. Adosadas las encontramos en las paredes de las estaciones, en el frontispicio de los templos, en alguna casa de vinos. Debajo, siempre luce una luz en forma de llama, como si fuera de la inmortalidad.

**En Génova y Milán**

Nos detenemos unas horas, en visita relámpago. Hermosas ciudades. En la primera contemplamos a más de su célebre cementerio, clásico por sus estatuas, que decoran los mausoleos, perpetuando la efigie de los que en ellos están enterrados, la preciosa catedral de San Lorenzo, gótica en su primer cuerpo y románica su segundo. Como cosos, dignas de mención anotamos el cuadro-retrato de la Santísima Virgen, que se atribuye a san Lucas y la capilla de San Juan Bautista, donde se conserva el cuerpo del santo precursor y las cadenas con que estuvo en la cárcel aherrojado. Por cierto que en esta capilla está prohibida, bajo pena de excomunión, la entrada a toda mujer. Debe ser como pena al sexo, por la faenita de Salomé y Herodías.

-Cómo nos envidiarían las Hijas de María, si hubieran venido con nosotros y no hubieran podido curiosear esto. Comenta Perico Gambín.

En Milán comenzamos por casi espantarnos de la magnitud de la monumental estación ferroviaria. Debe ser la mayor del mundo. ¡Qué proporciones! ¡Qué hall! ¡Qué escalinatas! ¡Qué dependencias! ¡Qué artística toda ella y qué riqueza de mármoles!

En un magnífico autocar recorrimos enteramente la población. ¡Buen pisto que nos dimos todos! Daba carácter turístico a nuestra excursión la pose de Mercader y la actitud de observador continuo de Pedrito Gonzálvez. Lápiz en ristre no quería dejar sin apuntar ninguna cosa de interés. Contemplamos la Cena de Leonardo da Vinci, il Duomo (la catedral), en cuyo exterior, la figura del petit Campoy parecía erguirse y alargarse más, al seguir con la mirada las finísimas agujas, que forman una verdadera filigrana, dando la sensación de que la ingente mole marmórea no es más que una cosa etérea, que se va a esfumar, si acaso ingrávida, no es arrebatada a las alturas al leve soplo de blando céfiro.

Conesa no puede disimular un inconsciente escalofrío, que siente al contemplar, en el interior, la estatua de san Bartolomé desollado; todos nos detenemos a admirar los magníficos ventanales de vidrieras policromadas.

Teatro de la Scala. No pasamos más que por la puerta y hemos de sujetar en sus asientos a Perico Gambín y a Roselló que quieren lucir sus voces, donde tantos cantantes célebres recibieron consagración definitiva.

En la iglesia de San Ambrosio evocamos las figuras grandiosas de este santo obispo y de san Agustín. Instintivamente comenzamos a cantar el Te Deum al pisar la capilla de la conversión, donde nos parece ver al águila de Hipona recibiendo el santo bautismo: *De forti egressa est dulcedo*: “Salió dulzura del fuerte”, dice una leyenda en la capilla. El hombre de grandes pasiones transformólo Dios en el genio del cristianismo por la fuerza dulce del amor a Cristo.

**Con qué velocidad**

Pasa el tiempo y qué aprisa se llenan las cuartillas. Prescindimos de dar más detalles de incidencias de viaje y hétenos, lector querido, en Padua, primer punto de parada formal de nuestro viaje.

**No todo, lector**

Se redujo a correr iglesias y organizaciones de piedad. Paseamos cumplidamente la ciudad de Padua, bonita, tranquila, de bastante comercio, muy animada. Mis acompañantes pasaron la velada en alguno de los cafés, todos ellos artísticamente presentados, de terrazas amplias e iluminadas donde nutridas orquestas interpretaban escogidas composiciones. Creo que incluso pasaran algún rato en el inmenso café Pedrochi, fundado por el que le da el nombre, en el cual los estudiantes tienen derecho a estar todo el tiempo que quieran y beber gratis toda el agua con limón que apetezcan. De algo le había de servir a Conesa ser casi estudiante perpetuo.

Perdona, lector querido, que restrinja las líneas que pensaba dedicar a Venecia. El espacio apremia que es un primor. Muchas cosas habrás leído de esta ciudad de los canales, romántica, tranquilísima, verdadero sanatorio para los que padezcan enfermedades nerviosas. Grabados llevamos todos en el recuerdo los riquísimos mosaicos del frontispicio de san Marcos, las magnificencias del palacio de los Dux, el panorama de la ciudad desde el *campanile*, a unos ochenta metros de altura, el puente de los suspiros, las callejas propicias a la aventura, los gritos de los gondoleros.

Verdadero arrobamiento nos causó el cuadro del Tiziano que representa la Asunción de la Santísima Virgen, en la iglesia *dei frari*. ¡Qué belleza la del rostro de nuestra Madre! Caímos de rodillas embelesados y dimos gracias a Dios, por haber inspirado a un artista para que nos diera una idea aproximada de la hermosura de nuestra Reina.

Artículo aparte haríamos de la romántica excursión nocturna, que realizamos en muelle góndola por el canal grande, a la luz de la luna. Tuve que imponer mi autoridad para que estos chicos no prorrumpieran en arpegios, contagiados del ambiente tan propicio al bell canto, tan placentero, tan poético.

**Pero, iniciemos**

La marcha sobre Roma, que si no, no vamos a llegar nunca. Quiero ser cronista fiel y no lo fuera, si dejara de consignar que nuestros corazones latían con más violencia a medida que nos acercábamos a Roma.

Se impone la Ciudad Eterna de una manera que no tiene comparación. De cuatro días fue nuestra estada en ella, y ni un momento decayó ese estado emocional, que engendra en el ánimo lo divinamente interesante. Sin descansar apenas, dábamos al sueño escasamente cinco o seis horas (aún sin protestas de Conesa), en movimiento continuo, jamás de nosotros se apoderó la fatiga del cansancio.

¡Bien empleamos el tiempo! De punta a cabo recorrimos la ciudad. No es cosa de ir enumerando las cosas más notables que vimos, de las que, lector, fácil será el enterarte leyendo una buena guía o consultando el artículo “Roma”, en el Espasa. Trato solamente de contar mis impresiones y las que de seguro se le ocurrían a mis compañeros de viaje. ¡Si pudiéramos dejar el pecho al descubierto! Se puede decir que intensamente vivimos en los días de nuestra permanencia en Roma todo cuanto sabíamos de historia de la Iglesia. ¡Cómo evocamos los días de lucha de los primeros tiempos cristianos, en el Colosseo,

en la prisión Mamertina, en el Circo y sobre todo en las catacumbas! En las de Domitila celebré la Santa Misa sobre el sepulcro de los santos Nereo y Aquiles.

La imaginación con vivo colorido nos pintaba las reuniones cristianas de otrora el fervor de los primeros fieles, que quizá de allí mismo salieron para la prisión, los suplicios, la muerte. ¿Nos sucedería a nosotros lo mismo en la lucha denodada que hemos de sostener contra los modernos perseguidores de nuestra fe? ¿Qué importa? La parte más selecta de la humanidad, hombres de todas partes del globo vienen a venerar a los que murieron por Cristo, mientras ellos en el cielo con Cristo gozan sin fin. Los perseguidores, malditos de Dios, son execrados por la humanidad entera.

**Esplendores de gloria**

Vislumbramos de los días de libertad y mayor apogeo de la Iglesia en las magníficas basílicas de San Juan de Letrán, madre de todas las iglesias, Santa María la Mayor, San Pablo Extramuros, San Pedro del Vaticano, en innumerables monumentos religiosos y profanos, palacios, fuentes, arcos, puertas, etc., construidas en tiempos de la dominación de los Papas para embellecimiento y ornato de la capital de los Estados pontificios y del orbe católico.

En casi todos los edificios públicos y ornamentos civiles de la ciudad, campean las armas de los Papas y se ven inscripciones, que recuerdan el nombre del Papa a cuya iniciativa se deben. No se le ha ocurrido a nadie, ni en los días de mayor furor revolucionario hacerlos desaparecer. Hasta el mismo Quirinal tiene escudo pontificio.

**San Pedro del Vaticano**

Es la maravilla de las maravillas. Decía Bramante al pontífice Julio II, cuando este trataba de levantar el templo más grandioso del mundo: “Si queréis hacer una cosa extraordinaria, colocad el Panteón sobre las termas de Caracalla”. Ochenta mil personas dicen que caben holgadamente en su ámbito. ¡Qué divina pompa deben revestir en este templo las funciones litúrgicas! ¡Qué pequeños nos sentimos al recorrer sus naves! Junto al altar de la confesión, en la balaustrada que rodea la bajada a la cripta, donde se venera el cuerpo sagrado de san Pedro, a pie firme, rezamos a una el credo en confesión de nuestra fe. Sinceramente conmovidos al hallarnos tan cerca de los restos venerandos del príncipe de los apóstoles, caemos de rodillas haciendo renovación de nuestros juramentos de adhesión a la Iglesia de Jesucristo, de fervorosa unión a su vicario.

Las innumerables lámparas de plata, que constantemente lucen ante la puerta de la tumba del apóstol, parécenos lenguas de fuego, símbolo de aquellas que hicieron el prodigio de que la voz y las palabras de los apóstoles resonaran por toda la tierra y hasta los confines del orbe. Allí mismo pedimos al Espíritu Paráclito celo, denuedo, fortaleza, fuego divino para trabajar ardorosos por el triunfo de nuestra religión sacrosanta.

**Caldeados por estas impresiones**

Nuestros ánimos se preparan para el acontecimiento cumbre de nuestro viaje: la visita al Santo Padre. Aún antes de que llegue este momento anhelado, objetivo final de nuestra peregrinación, queremos saturarnos más y más del espíritu religioso, que es el ambiente de esta ciudad única. Volvemos de nuevo al Colosseo, a besar aquellas arenas ensangrentadas otro tiempo con la sangre

generosa de los mártires; aclamamos con el Christus vincit, Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera, la cruz grandiosa, que se yergue encima del Capitolio y parece confundir con su sombra las ruinas de los templos pagamos situadas junto a las del foro, abatidos con el triunfo de la Iglesia. En Santa Cruz de Jerusalén veneramos reliquias venerandas de nuestro Señor; ascendemos de rodillas la Escala Santa, donde adoramos con estupor y veneración singularísimo, gotas de la sangre redentora.

Queremos concretar todos los sentimientos de estas jornadas y aquilatar la disposición de nuestro espíritu para presentarnos ante el Papa y nos reunimos todos, el día mismo que teníamos concedida la audiencia, en las cámaras de San Ignacio, en la misma habitación en que exhaló su postrer suspiro nuestro gran compatriota, Iñigo de Loyola. A la santa misa, que allí celebro, asisten mis acompañantes con una piedad, que edifica. "Providencial coincidencia", les digo en el brevísimo fervorín que les dirijo. "Hoy que hemos de visitar al Santo Padre, tenemos la dicha de celebrar los divinos misterios en esta cámara, donde se percibe aún el aliento de un gran español, del fundador de los mártires de la obediencia al Papa. Para ir allá, al Vaticano, hay que estar lleno del espíritu de acá, de la devoción, de la obediencia al pontífice, que es la médula de la Compañía de Jesús".

Se adivinan un coloquio encendido con nuestro Señor en la Eucaristía, que hacen nuestros corazones; es mezcla de plegaria, de acción de gracias, de reparación, de desagravio.

A la salida, nos aguarda el P. Torres, a quien conocimos en Cartagena y algunos hermanos españoles también, a quienes la persecución aventó. Hablamos con ellos largo rato. ¡Cómo nos conforta y admira la alegre conformidad, la grandeza de alma de estos religiosos!

**Ante la puerta de bronce**

Que da acceso a la residencia del Padre Santo, temblamos todos de emoción y alegría. Nos la franquean soldados suizos de pintoresco uniforme, a la presentación del billeto de audiencia. Pasamos al gran patio donde vemos oficiales y soldados de las guardias pontificias. No se nos hacen cansadas las empinadas y largas regias escaleras, que hemos de subir hasta las habitaciones donde Su Santidad concede las audiencias. Somos todos ojos para contemplar las magnificencias de las estancias, el boato, sencillo y severo, majestuoso y democrático de la corte pontificia. Van y vienen monseñores, obispos, guardias, nobles servidores de rojas casacas, acomodando a las diversas peregrinaciones de distintos países que tiene hoy concedida audiencia, en salas espaciosas. A nosotros nos toca en el salón del Ángulo. Así veremos al Santo Padre casi inmediatamente que salga de sus habitaciones particulares.

Hemos de aguardar más de una hora. No sentimos ni impaciencia ni desmayo y eso que pasó con mucho la hora del yantar. ¿Quién se acuerda de esas cosas? ¿No sería un baldón para los hijos jóvenes desmayar, cuando el Padre Santo, anciano y lleno de preocupaciones, está como todos los días, desde las nueve de la mañana recibiendo audiencias por satisfacer la ansiedad de los que quieren visitarle? Y a lo mejor se prolongan hasta las tres o cuatro de la tarde, sin que hasta entonces se siente a tomar un refrigerio.

Se acercan a nosotros soldados de la guardia palatina. Son muchachos de Roma, de todas clases sociales, que voluntariamente se prestan a escoltar al Pontífice en este acto de la visita. Solamente les toca hacer una guardia al mes. Charlan campechanamente con nosotros. Como todos los italianos, con quienes

hemos hablado, muestran un fraternal interés por las cosas de España. Pronto nos entendemos, fervientes católicos se duelen de los vientos sectarios que ahora soplan por nuestra nación. Acostumbrados a beber en su misma fuente, las aguas de la fortaleza cristiana, alientan nuestro optimismo con las palabras de Cristo: Las potestades del infierno no prevalecerán contra la fe.

Un oficial de esta misma guardia, con uniforme parecido al de gala de nuestros marinos, viene a darles órdenes.

El Papa se aproxima. Hemos visto su silueta blanca a lo lejos. El maestro de ceremonias de los sagrados palacios nos indica que doblemos las rodillas. Nuestra mirada está fija en la puerta por donde ha de aparecer el vicario de Jesucristo. Resuenan vítores y hurras en la sala de al lado, con los que una peregrinación checoeslovaca aclama a Su Santidad, y le vemos aparecer ante nosotros cual celestial visión, que suspende nuestros ánimos. Mayestático y paternal, afable y serio, sencillo y grave va dándonos a besar uno a uno su pastoral anillo con pausada celeridad.

¿Qué nos pasa? ¡Qué se yo! Nadie respira en la sala, se nota tensión de músculos en las caras. Si el corazón quiere palpitar con más violencia, encuentra que una suavidad, como infundida de lo alto, torna dulces y quedos sus movimientos haciéndonos saborear una paz y una alegría indefinible.

El Papa nos habla; su voz tiembla tenuemente. Parece que le agita también la emoción. Juguetea nerviosa su mano izquierda con la cadena del pectoral. Su palabra va descubriéndonos su corazón de padre. Ama a España de siempre, la ama ahora mucho más, porque sufre; nos revela sus amarguras por lo que ha pasado, por lo que sucede, sus temores por lo que puede ocurrir. Vigilad y orad. Vuestro padre constantemente ruega todos los días por sus hijos amadísimos, los españoles. Decídselo a todos cuantos encontréis en vuestro camino, que todas se unan a la oración del Papa para hacer violencia al corazón de Jesús.

Dibuja su diestra sobre nuestras cabezas la triple bendición. No hemos podido hablar, el protocolo lo impide y aún consintiéndolo no hubiéramos podido articular palabra. Pero con el lenguaje íntimo, que usan las almas, hemos volcado sobre el corazón del Padre Santo nuestros afectos, nuestra adhesión ferviente, nuestras esperanzas, nuestros deseos.

Sobre el pecho llevábamos nuestra medalla de congregantes. Contra él la estrechamos fuertemente mientras estuvimos junto al pontífice. De ese modo hicimos presente ante el sucesor de san Pedro a nuestra querida asociación con sus obras, sus entusiasmos, sus ensueños.

Prorrumpimos en ardientes vivas al papa-rey, Pío XI, paternal, majestuoso, sencillo, mirándonos con amor y tristeza, pasó a otra sala a continuar sus audiencias.

## Silenciosos, mudos

Abandonamos el Vaticano. Rumiaba cada cual íntimamente sus sentimientos. No he tenido una emoción igual más que otra vez en la vida: al finalizar el congreso eucarístico de esta mi ciudad de Toledo, con la solemnísima bendición del Santísimo. Es Dios que pasa cerca de nosotros y nos deja sentir su infinita grandeza, su dulzura, su amor. Su huella es inconfundible. Nada en la tierra, produce, ni puede producir una emoción semejante.

**Hago punto final**

Lector. Imagínanos a la vuelta, haciendo comentarios a todo lo narrado y a algunas cosas más. Conoces a los expedicionarios, no necesitas hacer muchos esfuerzos de fantasía para adivinar nuestras conversaciones.

Todos nos hacemos lenguas de la hidalguía y atenciones de la gente. En verdad que hemos sido tratados en todas partes como ciudadanos honorarios. De todo damos gracias a Dios y por momentos deseamos postrarnos a los pies de la Milagrosa.

**Antonio Gutiérrez Criado**
Presidente honorario de los H. de M.

Toledo, 28 de agosto de 1932

# CASOS Y COSAS

Me persigue el título como un fantasma. Si la péñola, largo tiempo en la espetera colgada, cae en mis manos pecadoras, parece barruntar el destino de las cuartillas que emborrona y se niega a encabezar mi acostumbrado artículo del ECO extraordinario con otros títulos.

**¡Y qué hacer!**

Querido Gonzálbez, hay que rendirse a este atavismo tiránico y como al título ha de responder el contenido del artículo, héteme aquí más que apurado por lo que he de escribir, sonriendo por la cara de espanto que veo en algunos de vosotros, que sin duda se preguntarán: ¿Pero qué va a contar este hombre? Lleva dos años ausente de nosotros y se atreve a pergeñar unas cuartillas tratando de Casos y cosas de la Congregación...

**Pues, ¡velay!**

Como diría el paleto. Ahí está el mérito. No pretendo organizar un viaje por el extranjero en alas de la fantasía, como el año anterior, ni entreteneros pintando cuadros más o menos reales, anécdotas chispeantes o sucedidos cómicos o dramáticos, en que admiremos las figuras gallardas de mi héroes de otros años. Pudiera deslizarse ligera mi pluma mordaz y sentiría que apareciera un rictus de disgusto y desdén en labios mercaderinos, pongo por caso. Con todo derecho, esto sí; creo que podría meterme un poquitín con el novel autor Conesa, no ciertamente para criticar su obra, que según las trompetas de la fama, epató a los engendros literarios de nuestros dramaturgos desgobernantes, sino para quejarme un poco del olvido en que precipitó su promesa de mandarme un ejemplar, para que en mis pocos ratos libres, pudiera solazarme con el sabroso fruto de su fantasmagórica mollera. Mi corazón de padre hubiera rimado tan bien con el triunfo de un hijo.

**Pero nada de esto**

He de hacer. Quiero penetrar este año en una vida más íntima, más profunda, hablar brevemente de Casos y cosas que a todos altamente interesan, o al menos, deben interesar, si verdaderamente quieren llevar con honor y con justicia el título de joven católico. He oído que acuciados por las circunstancias y al empuje de vuestros bríos juveniles, algunos de vosotros, se han lanzado a la lucha, a una vida activa de reivindicación de nuestros santos ideales, que vivamente aplaudo. Más, llévame esto de la mano a dar la voz de alerta. En la trilogía del lema de Juventud Católica –que es el santo y seña de todos los jóvenes que sienten con la Iglesia- se lee ciertamente la palabra *acción*. Pero antes se encuentra con la palabra *piedad*, que debe ser considerada como la fuente y raíz de la exuberancia de vida de todas las juventudes.

**Es un consuelo inefable**

Para mí, recibir constantemente noticias de vuestras piadosas comuniones, de vuestras fiestas de desagravio, de todos vuestros cultos, que revelan el espíritu de piedad que anima a vuestra Congregación. ¿Pero esto es suficiente? En íntima comunicación con personas que hoy destacan en el campo de actividades católicas, en quienes no sabe uno qué admirar más, si el ecuánime entusiasmo, o la constancia a toda prueba, he podido apreciar que hay en ellas un como horno inextinguible, fragua siempre encendida de ardores apostólicos, y es la vida interior, que a todo trance procuran conservar e incrementar como talismán precioso de la fecundidad de sus obras.

**Esta vida interior**

Requiere como elementos esenciales la oración y el sacrificio. La oración no tanto en su modo vocal, cuanto en su carácter de mental. Si buscamos, por nuestra actividad, llevar a los demás la convicción de nuestra fe y nuestras creencias y el anhelo de buscar una nueva vida, vida de unión con el foco de todo ímpetu vital, que es Dios, mal lo conseguiremos si no estamos nosotros injertados en Cristo, vid inmortal y ubérrima de la que debemos ser sarmientos. Es cierto que por la corriente sobrenatural que circula por los sacramentos y fecundamente riega las almas, nos incorporamos a la vida de Jesús, pero sin la oración, sin la meditación no podemos aprovechar, en la medida que nuestro Salvador quiere, toda la eficacia redentora de la religión de Jesucristo. “Un hombre sin oración, dice san Vicente Paúl, no es capaz de nada, ni aún de renunciarse en la más mínima cosa; es la vida animal en toda la extensión de la palabra”.

**Para cosas grandes**

Hemos nacido y estamos destinados los cristianos y más aún los que dentro de la masa creyente, constituimos la élite, los que recibimos los mimos de la Milagrosa y ella nos obliga a fortalecernos con el medio, que Dios tantas veces nos inculca. “Conviene orar y no desfallecer”.

**Y junto a la oración, el sacrificio**

Pasma y los que estamos en contacto con personas sólidamente piadosas podemos certificar lo que decimos, conocer las calladas penitencias, que hoy más que nunca se hacen en nuestra patria. Para los ojos del mundo pasan inadvertidas. Los ángeles custodios de España la recogen en dorados cálices para presentarlas al Altísimo. ¡Con qué emoción me he enterado muchas veces de la generosidad en el sacrifico de muchos jóvenes, como vosotros! El continuo ajetreo en que se mueven, las exigencias del medio social en que viven, el obligado alternar que su juventud y posición les impone, no son parte a que disminuyan, a las veces, mortificaciones continuadas, que sólo Dios y su confesor conocen.

**Pero, ¿dónde nos lleva**

Usted, don Antonio? ¿Pretende que todos nos metamos frailes? No te asustes, Perico y tú tampoco, Roselló. Os he prometido escribir de cosas de nuestra vida y eso estoy haciendo. Tratárase de una Congregación incipiente y volvería a llenar estas columnas con los cuentos de las mil y una noches o días, pasados en los locales inolvidables de la Misericordia. Pasados ya más de tres lustros de vida de Congregación es necesario que, dejando lo accidental y

accesorio, nos internemos en el castillo interior de nuestras almas y en sus moradas, quizá desconocidas, vayamos buscando lo que necesitamos en todos los estados, en cualquier profesión, en todo momento. La verdadera vida que irradia de Dios, dueño y Señor de todo nuestro ser.

**Que es difícil el camino**

A recorrer, no se me oculta. Mas Dios ha puesto ángeles que nos guíen y protejan, como al joven Tobías protegiere el arcángel san Rafael. ¿No habéis intentado nunca tener una constante dirección espiritual? Haced la prueba, sed francos, sinceros, con vuestro director fijo. Alimentad cada día en vosotros el deseo de ser perfectos y más perfectos y con ese anhelo de perfección procurad hacer todas las cosas, no como el que intenta agradar a los hombres, sino a Dios.

**Aún no acaba el sermón,**

Querido Conesa. Temo que os vayáis a asustar de esta última cosa, que paso a proponeros; pero no retrocedo. Os conozco muy bien y sé que no sois vosotros de los que se quedan atrás. Otros lo han hecho, ¿por qué vosotros no lo podéis hacer? ¿No se podría organizar en esa Congregación un retiro espiritual, al menos cada trimestre? Pero retiro con todas las de la ley; es decir, cerrado, con absoluto silencio, con una ordenada distribución de meditaciones y prácticas, que dieran suficiente pábulo para pensar en cosas de Dios durante mucho rato.

No hace muchos días me preguntaba uno de los jóvenes que hicieron el retiro de propagandistas el pasado junio: "¿Cuándo tendremos otro?". Hace falta para mantener con entusiasmo y sin desmayo en la brecha, hablar con Dios en esa apacible soledad.

No importa que no fuerais muchos los que los practicarais, aunque sólo fuera para los directivos, ¿no sería altamente beneficioso?

**Esta práctica santa**

Del retiro espiritual os haría hambrear el regalado manjar de unos ejercicios espirituales, también hechos con el mayor recogimiento. He hablado con algunos de los padres de familia, que los han practicado en Vitoria. ¡Qué renovación interior! ¡Qué afianzamiento en sus convicciones! ¡Qué ansias de hacer el bien sin interrupción y de dar a conocer a Jesucristo!

**Qué casos y cosas**

Tendríamos que reseñar en esta sección de "Nuestra vida" de esta amada revista, si un puñado de los congregantes de la Milagrosa se decidiera a realizar este programa mínimo. ¿Por qué no?

Lograríais que en vuestra amada asociación, grano de mostaza que todos vimos crecer hasta convertirse en árbol gigante, bajo cuyas ramas vinieron a anidar nuestras ilusiones e ideales, los corazones juveniles se convirtieran en preciosa levadura, que hiciera fermentar la sociedad entera dándole el gusto sabroso, que a todo cuanto toca inyecta el espiritualismo cristiano, tan necesario en estos tiempos groseramente materialistas.

**Antonio Gutiérrez Criado**
**Presidente honorario de los H. de M.**
Toledo, agosto 1933

# *DEL POEMA DE AMOR*

Y después de escribir con luminosas letras la epopeya de su poder y de su gloria, a la cual los humanos, gesta de traición añadieron, Dios se dispuso a narrar el poema de su amor.

De acentos líricos impregnó su canto; volcó en él las ternuras de su alma, que comienzan cual relámpago a brillar en la primera promesa de redención. Por los profetas dejó oír de los mortales preludios de misericordia; esbozadas hizo surgir en el correr de los tiempos las figuras salientes de su obra inmortal, en cuyas entrañas, como fuente de ritmo melodioso, que de grata armonía lo enriquece, puso su corazón.

Y su canto primero fue María. La inspiración de Dios tejiendo bellezas en su ser. Y la hizo mujer para llamarla madre, porque la madre síntesis es del amor y el amor más excelso de la vida.

Mandó a las gracias que fueran su cortejo; revistióla de esplendores de sol; brotar hizo en su boca panales de suaves dulcedumbres, huellas de luz y paz concedió a sus pasos, fascinación al rostro, atracción irresistible a sus encantos, de hermosuras sin fin aderezóla y anhelando que su gloria fuera única, que ella sola resumiera el poema sublime que a escribir comenzaba, detuvo el río que de amor hecho sangre por las laderas del Calvario, llevando la salud a la humanidad, con su eterna mirada veía despeñarse, formó remanso de bendición junto al regazo interno donde en primera cuna había de mecerse la Mujer por antonomasia, y así santificada rebosante de gracia, aureolada con nimbos celestiales, con preciada corona de méritos divinos, antes que el pecado de raza como a hija de Adán la maculara, al sentir en su ser el primer beso del céfiro blando de la vida porque el amor de Dios la había besado, fue Inmaculada.

Del poema del amor es esta la primera estrofa; del corazón de Dios, lira inefable, por el amor pulsada es el primer arpegio. Por eso es grande la gloria de María. Con alegría su concepción sin mancha celebramos.

**ANTONIO GUTIÉRREZ CRIADO**

# CASOS Y COSAS

¡Qué impacientes están las blancas cuartillas! No sé el tiempo que aguardan la siembra de letras, germen de palabras, material envoltura de ideas y sentimientos.

La péñola en la mano, cantando allá dentro el corazón con alegría indefinida, fijos los ojos en el campo ubérrimo, que espera la semilla ávido de acogerla, como el sembrador del Evangelio, me lanzo a la tarea.

El trigo que de sementera traigo es el mismo de siempre. Mis casos y cosas de los trojes de nuestra vida.

**Y se aventura**

Usted a escribir de eso, sí ya debe hacer perdido nuestra pista. ¿Quién dijo tal? Nuestra vida tiene un sentido muy amplio o muy reducido según la consideremos. Si la limitamos a incidencias personales, a notas de sabor local, a pinceladas de colorido propio de cada asociación, es entonces muy reducido el concepto y, ausente yo de esa ciudad inolvidable ya algún tiempo, si me sería difícil escribir mi acostumbrado artículo del extraordinario septembrino como los escribiera antaño. Pero si a nuestra vida damos un sentido de amplitud y dejando a un lado lo accidental y esporádico, enfocamos lo sustancial y permanente, lo que es propio, no de esta juventud, sino de la juventud, varía el campo visual que se ofrece a nuestros comentarios. El corazón del joven católico español lira, es cuyas cuerdas vibran a unas mismas pulsaciones y de ahí, que escribiendo para vosotros, muchos casos y cosas que yo pudiera referir de jóvenes hermanos vuestros de otras latitudes y regiones, reflejarán muchas veces fases y fenómenos de vuestra vida, servirán otras de estímulo fecundo para que os decidáis a imitar lo que merece ser imitado.

**Por fortuna**

Puedo escribir de nuestra vida en el doble aspecto que para mí tiene. Es verdad que no he ido por Cartagena, no he vivido, desde lejana fecha ya, las horas felices del íntimo trato con vosotros, congregantes amados. Pero vosotros habéis venido a mí. No sólo he sentido el latir de vuestro corazón, que es vuestra hoja, el simpático “Eco de la Milagrosa”, que me trae todos los meses destellos de aquella luz deslumbradora de la insigne Cartago Nova, mejor aún de la fe que palpita pujante como eco de las confesiones valientes de vuestros cuatro santos y dulzuras de las mieles de vuestra devoción a la Señora; no os habéis contentado con haceros presentes a mi espíritu con la correspondencia un poco espaciada, es cierto, pero siempre alentadora y edificante por lo que me contáis y yo adivino de vuestro gradual ascenso a cumbres de perfección, sino que habéis tenido la gentileza, en este año último, sobre todo, de visitarme en mi ciudad, de honrar mi hogar toledano, que se alboroza cuando siente el perfume de caridad, que a todos los cartageneros acompaña.

**Ya pensaba en serio**

A la vista de vuestras peregrinaciones, solicitar de quien sea, me hagan cónsul de Cartagena en tierras de Castilla, y en el balcón principal de mi humilde casa hacer que ondeara al viento vuestra enseña, que para todos fuera nuncio feliz de mi agradable embajada.

¿Cómo no enumerar, en primer término, la visita de los seis Hijos de María, representantes de vuestra asociación, en la magnífica asamblea de juventudes católicas? A los sinsabores que aquellos días hube de sufrir, no tanto por la responsabilidad de la organización que sobre mí pesaba, cuanto por el desencadenamiento de las furias izquierdistas de algunos insensatos, sirvió de contrapeso emotivo tener a mi lado a mis queridos jóvenes de Cartagena, gozar con ellos, recordar tiempos dichosos, reconstruir en su propia salsa escenas y episodios sabrosísimos, gracias al chispeante ingenio de Conesa y Gonzálbez.

**Pero mi más grande alegría**

Fue verlos caldeados con el ambiente de sano y sobrenatural optimismo en que transcurrieron aquellos días, contemplar como con su medalla al cuello eran nota de edificación en todos los actos religiosos, buen olor de Cristo, aroma de la Milagrosa que difundía por doquier la atmósfera suave, embriagadora, purísima que se respira ante aquella Virgen de mirada de madre y larguezas de reina, cuyo trono se levanta en la parroquia del Sagrado Corazón.

Y porque saturados venían de sobrenaturalismo cristiano y escudados con la santa medalla, aunque como a todos les fue ofrecida la mirra de la mortificación por los mal aconsejados que trataron de aguarnos la fiesta, no menguó su entusiasmo, sino que las fatigas, que hubimos a ratos de pasar, sirvieron para acrecentarle. Cuando recuerdo aquellos días y reconstruyo la escena de entrada de Campoy y compañía en esta ciudad, viéneseme a las mientes instintivo el cuadro célebre que tantas veces hemos visto, del arribo de Elcano y compañeros después de dar la vuelta al mundo. Desechos, molidos, quebrantados, próximos al desfallecimiento los jóvenes cartageneros, cargado cada cual con su voluminosa maleta, hubieron de pechar con la subida a pie desde la estación a su domicilio bajo el sol meridiano de buen día de octubre... una cosa así como subir, en esas condiciones, desde el almarjal al parque de la Concepción. Pero ¡benditos amagos de congestión que nos trajeron, por su aceptación sobrenatural, el éxito de la asamblea, pese a huelgas y a amenazas! ¿Verdad, Cristóbal?

**Otras visitas**

No menos interesantes trajeron a mi hogar auras de allá. Amores benditos a los pies de la Milagrosa, nuevos matrimonios de congregantes que conocí de niños casi, con Hijas de María, que tuvieron la bondad de incluir Toledo en el itinerario de su viaje de novios. Al contemplar estas cristianas parejas, no podía por menos de pensar en la gran influencia de las asociaciones formativas cristianas para regular y encauzar la vida y preparar su santificación en todos los estados. De la vuestra salieron sacerdotes beneméritos y celosos, salen también buenos esposos, ejemplares padre de familia. Es que el árbol venturoso, que amorosamente cuida de la Madre de Dios, y Madre nuestra, tiene suficiente savia y virtud para producir la flor virgen y el tallo fecundo que ha de verse después enriquecido de renuevos. ¿Por qué no constituís los antiguos congregantes, que contrajisteis estado matrimonial, la asociación de padres de familia católicos y así organizados perpetuáis la tradición de

religiosidad, de cristianas costumbres, de amor a la Virgen, de defensa de los intereses de la Iglesia y del alma de los pequeñuelos, que aprendisteis en vuestra asociación?

**Pero pasemos ya**

A otros casos y cosas. Hablemos de nuestra vida en su sentido más amplio. No son, es cierto, casos y cosas vuestras. Pero son de jóvenes como vosotros y responde a algo que ingénitamente está en el alma de todos los jóvenes. Hoy se han dado aquí. Mañana se darán entre vosotros y Dios quisiera que estas líneas sirvieran para que pronto pudierais invitarme a presenciar hechos análogos a los que os voy a referir. Por los periódicos estáis enterados de dos acontecimientos de gran envergadura que se han producido en mis juventudes de Toledo: los ejercicios espirituales y la primera asamblea diocesana. Dejemos esta última, que fue en pequeño, como la que vosotros presenciasteis: un modelo de laboriosidad, de piedad y entusiasmo. Fijémonos tan solo en los ejercicios.

**¡Qué días, queridos jóvenes,**

Hemos pasado en el seminario conciliar de esta capital! Cuatro completos, de silencio absoluto con un recogimiento ejemplar, gradual, sucesivamente creciendo ese adentramiento en la conciencia, principio de toda regeneración del espíritu y descubriendo panoramas insospechados de la vida interior, alma de todo apostolado. ¡OCHENTA Y SEIS JÓVENES haciendo vida casi de cartujos! ¡Qué encanto!

En verdad que han sido días llenos y la gracia de Dios se ha derramado a torrentes. Él sea bendito. ¡De cuántas escenas hermosísimas ha sido testigo la capilla amada de mi seminario! ¡Cuántas lágrimas de emoción y alegría han vertido mis ojos! Vidas desorientadas que encontraron su cauce. Corazones viciados que sacudieron valientes el jugo de las concupiscencias. Inteligencias ofuscadas que vieron la gloria de Jesús, gloria del unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad. Caracteres apagados e inactivos que a la voz de Jesucristo se entregan de lleno al apostolado de la Acción Católica. Cuando en la comunión general cantaban más de cien muchachos “Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera”, sentíase de veras en la firmeza de la voz, en la nobleza de su mirada, en lo viril y fervoroso del acento, que en aquellas almas había vencido plenamente Cristo y las hacía vencedoras en Él y por Él. La esplendorosa luz de aquella mañana venturosa anunciaba el mediodía radiante del triunfo de nuestros ideales.

**Sería prolijo**

Trasladar a estas columnas el nutrido anecdotario de estos ejercicios. Pero hay algunos rasgos tan elocuentes.

-Yo he venido obligado, me dice un ejercitante al segundo día de ejercicios, pero es esto tan interesante. Y en mi recorrido por los dormitorios contemplo cómo, a altas horas de la noche, resume las impresiones del día, con los ojos arrasados en lágrimas ante el crucifijo.

-¿Qué tal los ejercicios?- preguntó el otro-, ¿bien? –Mejor que bien, don Antonio, esto es formidable.

Terminamos de meditar la pasión, doy señal de abandonar la capilla. Pocos se mueven. La cabeza entre las manos, o con la vista fija en el impresionante crucificado del Altar mayor, permanecen los más, respondiendo

ardorosos con los afectos de su alma y con santos propósitos al "Tengo sed" de Jesús moribundo, que ampliamente había comentado el P. Herrera.

Sienten todos en los últimos días una alegría nueva, inusitada. -¿Podremos volver a esta capilla?, me preguntan los de aquí. –Hemos sentido tantas emociones en ella. -¿Habrá ejercicios el año próximo?, me dicen otros. Esto será insuficiente, agrega alguno. No vamos a caber. –Yo, interviene un tercero, he de traer a mis hermanos y a mis amigos para que gocen lo que yo he gozado.

**Y el fuego divino**

Que les inflama les transforma en apóstoles al salir a la calle. El primer empuje de este apostolado lo dan en la asamblea en que se comprometen a realizar el vasto plan de campaña que la junta diocesana propone. En el terreno individual no andan remisos. Todos se han convertido en propagandistas del reino de Cristo, bajo cuyas banderas, de corazón y a conciencia, se han enrolado. Estamos viviendo escenas evangélicas. ¿Recordáis las del llamamiento de los apóstoles por Jesús? En cuanto Andrés y Juan, siguiendo las indicaciones del Bautista conversan y conviven, aunque por una noche sólo, con el Maestro adorado, van en seguida a comunicar la buena nueva a Simón y a Santiago para que también vayan tras el Cordero de Dios. Felipe oye al Salvador, que le dice: "Sígueme y corre a buscar a Natanael su amigo, para que venga y le vea". Acaece aquí una cosa semejante. No ha mucho se me ha presentado uno de mis jóvenes de acá. Inteligencia privilegiada, gran corazón, completamente descentrado antes de los ejercicios, difícil de contentar por la superioridad de su talento, más aún por la soberbia que su propio valer alimentaba, ha sentido cual ninguno la honda transformación que Dios por los ejercicios opera en las almas. Y dispuesto a dar a Dios lo que de Dios es, ha puesto ya en juego sus eminentes cualidades para ganar almas a Cristo. –En la Iglesia le espero con dos amigos míos que quieren hablarle. Les convencí anoche de que deben volver a una vida cristiana. Quieren confesarse y empezar a trabajar como buenos. Y los ángeles que rodean el tabernáculo ven un poco más tarde a un nuevo apóstol que lleva hasta Jesús-eucaristía las primicias de su apostolado.

**Van ya muchas cuartillas**

Y el director de EL ECO DE LA MILAGROSA va a torcer el gesto con rictus de enfado. No escribo más. Una pregunta y punto final. ¿No podían los cartageneros hacer lo que los jóvenes toledanos? Esos casos y cosas, que acabamos de trascribir se darían centuplicados entre vosotros. Conozco vuestro corazón y vuestro carácter. Campo propicio para el divino sembrador. Qué bendición de Dios vendría sobre vuestra asociación y sobre vuestra ciudad, si tal hicierais.

**Antonio Gutiérrez Criado**
**Presidente honorario de los HH. de María**

**Toledo, agosto 1934**

# Casos y cosas

Una orden telegráfica de Campoy, vuestro digno presidente, me hace movilizar mi pluma y mis ideas. El extraordinario de septiembre, que tanto me hiciera sudar otros años, aguarda con fauces devoradoras mis cuartillas. Hay que escribir. Cualquiera deja de cumplir la sagrada obligación de contarles algunas cosas y casos a los simpáticos Hijos de María, de Cartagena. Para mí es ocupación deleitosa. Va emblanqueciendo mi cabeza, y dirigirme a vosotros, mis queridos jóvenes, es volver grupas, plantarme en los días de mi primer apostolado, quitarme años de encima, remozar mi espíritu, evocando vuestro fervor, vuestros trabajos, vuestras ilusiones y santos afanes.

**No es tarea fácil**

Hacer mi artículo acostumbrado. Aún anda la televisión en mantillas y no he podido captar aquellas sabrosas escenas que me servían de fondo para los escarceos de mi péñola. Pero acostumbrado a no ahogarme en chico lago, allá van unas cuantas estampas de nuestra vida.

**Y será la primera**

¿Cómo no?, la de mi feliz estada entre vosotros en las fiestas aniversarias de 1934.

Lector, el tiempo corre para todo, menos para los santos afectos que tienen su arraigo en Dios y en la Virgen Santísima. Esa es la primera impresión que he de transmitirte. Cual si no estuviera ausente de esa ciudad y continuamente conviviera con los congregantes, pasé entre ellos días de espiritual intimidad, que fueron muy gratos a mi alma. ¿Qué tendrá la misericordia, que parece invernadero de simpatías y afectos?

**Mi preocupación primera**

Fue tomar el pulso a la asociación. No tuve que torcer el gesto. Hay corazón, hay sangre, hay vida exuberante. Se nota la mano de la Milagrosa. Dios sea bendito.

Un fenómeno noté harto consolador. Hay entre los jóvenes anhelo de formación, de crecimiento espiritual, de superación continua. Les ha ganado esa reacción sobrenatural, que hoy en todas partes se está apoderando de las almas grandes y generosas, con un criterio cristiano y ansias verdaderamente divinas, tienden a santificarlo todo, a convertir hasta las diversiones en instrumentos de propia perfección y apostolado.

**¿Exagero?**

Por aquellos días preparaba el cuadro dramático la puesta en escena de “El Divino Impaciente”. Hubo actor que pedía se hiciera un día de retiro

espiritual antes de la representación, para interpretar mejor los papeles. Había que sentir como Ignacio y Javier, para llevar al público la emoción de la obra.

Y cuando un éxito rotundo coronó los esfuerzos que todos los intérpretes pusieron, dejando las aclamaciones y aplausos del público, calmando los gritos de alegría de los mismos actores, el protagonista levantaba en alto el crucifijo, que había sacado a escena, y con voz entrecortada, arrasados en lágrimas los ojos, "aquí está, exclamó, el secreto de nuestro triunfo; trabajamos por Él y Él nos premia". Un beso ardoroso, estampado en los pies clavados de Jesús, fue elocuente acción de gracias de estos muchachos.

**Alguno pensará**

Que esto es tomar la vida demasiado en serio; que con este sobrenaturalizar la vida, nos hacemos asaz tristes. ¡Que saben ellos de alegría! Miopes de espíritu, desconocen quienes tal digan donde está la fuente de un gozo que llena y sacia más que todos los de la tierra.

No ha muchos días terminaban ochenta muchachos de mis juventudes toledanas los santos ejercicios espirituales. ¿Creeréis que estaban tristes? ¡Quién piensa! No he visto más sincero júbilo en mi vida, que en el rostro de estos chicos. Un caso curioso. Uno de ellos se resistía a hacer ejercicios, porque coincidía el día de entrada con la última noche de feria de Toledo. La animación del ferial, las fiestas organizadas por una sociedad recreativa, eran para él una atracción irresistible, venció la gracia de Dios, sacrificó la diversión, el baile, se internó en el seminario a hacer vida de cartujo durante cuatro días. Al acabar, estrechando la mano del amigo que le indujo a practicar los ejercicios, con el rostro radiante de dicha, le decía:

-Chico, te doy las gracias, ¡qué loco yo, si por un baile me pierdo esto! ¡Nunca he sido más feliz!

**No es preciso**

Acudir a ejemplos de fuera para evidenciar la verdad de mi afirmación. Reuniones de la misericordia, buen humor de los congregantes, salidas de Conesa, paciencia de Campoy, bromas de la gente del trueno de la asociación, ¡cómo os añoro! La gente del mundo se complica la vida para divertirse. Nosotros encontramos motivo de risa en cualquier cosa, en una carta que se pierde, ¿verdad Gustavo? En una equivocación en escena, como las famosas del gran Mercader, en una panochada estilo Paco Gambín, etc. Por eso puede decirse que los tristes no somos nosotros; no tenemos que buscar la alegría en depósitos artificiales, llevamos el venero en nosotros mismos, en una sana conciencia, en una vida ordenada, en nuestro alentar por Cristo, que es centro de felicidad, a quien nos dirigimos llevados de la mano de la que es nuestra alegría, la Milagrosa.

**Como embalsama**

Nuestra existencia esta flor de alegría que hace germinar en los corazones juveniles la vida de una asociación de Hijos de María, la formación cristiana que se recibe en un centro de juventud católica. Ya pueden venir horas tristes y amargas; días de lucha, acontecimientos que ahogan todo optimismo. El que de verdad es joven católico, o como joven católico se educó, no conoce el desmayo, ni el pesimismo, mira sonriente los peligros, avanza resuelto por el camino del deber. En su ruta brilla siempre la estrella venturosa que le guía, y con sus cabrilleos centelleantes, infunde en su ánimo ese alborozo, que suaviza, hace

amable, apetecible hasta la misma contrariedad. Es que tiene cambiantes de luz, que evocan un pasado de dicha iluminando, con reverberos de esperanza cierta, los horizontes del porvenir.

**Os invito**

A presenciar una escena. Un despacho modesto. Un sacerdote que trabaja en la preparación de unas conferencias a unos jóvenes. Sombreada está su frente. Pesa sobre él la responsabilidad de encauzar la obra de juventud en su diócesis. Sesenta y cinco mil muchachos levantan a todas horas, ante su imaginación, suplicantes las manos, exclamando: ven a redimirnos. Y se presentan también a sus ojos toda suerte de obstáculos; indiferencia, incomprensión, hostilidad, defecciones, inconstancia, soledad, cruces sin cuento. Un suave toquecito en la puerta le distrae de sus preocupaciones.

-¿Se puede?, voz conocida, amiga, de timbre argentino ensordinado por el apocamiento que impone una humildad admirable.

Preséntase un religioso, alto, de finos modales, ojos apagados pero de dulce mirar, digno continente, que refleja una vida interior de quilates subidísimos.

Religioso y sacerdote se abrazan. Departen amistosamente durante largo rato. Entéranse mutuamente de las andanzas de su celo. También al religioso se han presentado nubes pavorosas en su caminar de apóstol. Director nacional de una gran obra de caridad, trabaja con tesón y firmeza en su campo de acción, lleno de optimismo, con empuje siempre nuevo, con entusiasmo siempre creciente.

Se ha hecho un silencio en la conversación. Tras la comunicación de las impresiones presentes, gira el corazón de ambos hacia un pasado, que los dos juntamente han vivido.

-¿Te acuerdas, Enrique? Y surge al conjuro del recuerdo la vida de congregación de la misericordia; desfilan compañeros, hechos, emociones, gracias, ocurrencias, semblanzas, apuros, trabajos pasados en aquellos patios, la visita al hospital, el ambiente de piedad, los ratos de buen humor, todas las escenas de que protagonistas, actores o espectadores fueron ambos, cuando eran Hijos de María de la Milagrosa.

Y esta evocación extiende un halo de luz alegre y mañanero en el ánimo de los interlocutores, y se pasan las horas sin sentir, y renacen bríos desconocidos en el alma, y bañados de resplandores de los días felices, que no son más que reflejos de aquella Milagrosa de nuestros amores. Enrique Albiol y yo, que somos los personajes de esta estampa, renovamos los propósitos, que tantas veces hiciéramos ante el altar de nuestra Madre de ser apóstoles de su Hijo divino y pelear bravamente por su gloria.

Una ola de infinita satisfacción nos inunda. Desaparecen sobras y nubes. La luminosa proyección de Cartagena, de nuestra asociación, de los casos y cosas de nuestra vida, que intensamente hemos evocado, dibuja arabescos de ensueños divinos en nuestras ansias de propagar el reinado de Cristo.

¡Qué ajenos estabais vosotros, Hijos de María, de esta reacción, que producía vuestro recuerdo! Y es que no hay nada que pueda conmover el espíritu como vivir en su plenitud, haber vivido intensamente en un ambiente tan divinamente hermoso como el de una asociación mariana, como el de una juventud católica.

Al despedirnos, al marchar cada cual a su puesto de lucha, callan los labios, pero el corazón vibra fuertemente. Riman sus latidos las notas de un

himno guerrero, que infunde alientos indecibles, empujes de heroísmo: Intrépidos congregantes...

**Antonio Gutiérrez Criado**
**Presidente honorario de los HH. de María**

**Toledo, agosto de 1935**

# De nuestro martirologio

## D. Antonio Gutiérrez Criado

Solamente el cariño que sentía hacia don Antonio Gutiérrez Criado, me mueve a aceptar el encargo de rendirle este pequeño recuerdo en la galería de nuestros mártires, pues su talento, su celo apostólico y su valía exigen que otra pluma más autorizada que la mía, trazara los rasgos de su vida fecunda.

Toledano de nacimiento y de corazón, cursó en las aulas del seminario toledano la carrera eclesiástica, a la que le impulsaba su corazón y su ardiente celo por las almas, con extraordinario aprovechamiento y después de unos años de ministerio sacerdotal, ingresó, tras brillantes ejercicios, en el cuerpo eclesiástico de la Armada.

Quiso la Providencia que, destinado a Cartagena, conociera nuestra entonces naciente, asociación, y como su vocación y su corazón le impulsaban al apostolado de la juventud, bien pronto se introdujo en nuestras filas, ganó nuestros corazones y fue, sin menos cabo del respeto que el sacerdote merecía, un amigo más a quien confiábamos nuestras cosas, un sabio consejero a quien acudíamos en nuestras dudas y conflictos interiores, un pastor que suavemente con aquel donaire y simpatía de que estaba dotado, encauzaba nuestras almas, dirigiéndolas por la senda del bien y de la virtud.

No había ninguna actividad de la asociación en la que don Antonio no ocupara el primer lugar.

Él fue el alma de nuestro cuadro artístico y formó los actores que en él sean destacado, él nos acompañaba en nuestras visitas al hospital de la Caridad, él consiguió llevar a su máximo esplendor el certamen literario de nuestros aniversarios, él era en suma, tan nuestro y nosotros tan de él, que aunque las exigencias de su cargo lo tuvieran alejado materialmente de nosotros, nunca nos faltaban sus cartas; sus artículos para EL ECO y hasta su presencia material, pues estuviera en donde estuviera, no dejó nunca de hacer acto de presencia en nuestras fiestas aniversarias.

Al advenimiento de la República y laización de las instituciones armadas, obtuvo su retiro y como su Toledo lo llamaba, pues era un gran amante de su patria chica, allá marchó con su familia, e inmediatamente continuó su labor de apostolado juvenil, siendo designado por el cardenal primado para consiliario diocesano de las juventudes católicas.

Y si fecunda y activa había sido su vida entre nosotros, más fecunda y activa fue su labor en la diócesis toledana. Inmediatamente formó equipos de propagandistas, que iban sembrando por los pueblos, centros de J.C.; dio vida espléndida a los Círculos de Estudios; organizó la página de Juventud Católica en “El Castellano” de Toledo, y fue uno de los más destacados organizadores del magno congreso de juventudes católicas de Toledo, que en pleno furor antirreligioso, y a pesar de haber incitado las iras de las organizaciones marxistas que declararon la huelga general, se celebró con inusitado esplendor.

Un sacerdote virtuoso, inteligente, celoso y activo como lo era don Antonio, no podía pasar inadvertido para la horda desbocada, y viéndose en peligro en Toledo, marchó a Madrid a refugiarse en casa de su hermano y descubierto por alguna de aquellas hienas rabiosas que se enseñorearon de

nuestra España, fue arrancado de su refugio y martirizado y muerto en la misma escalera, habiendo desaparecido el cadáver.

Nosotros, los de la "vieja guardia" de la asociación, los que con él hemos convivido y hemos colaborado en todas sus iniciativas, no podremos jamás olvidarlo; ocupará siempre un lugar en nuestro corazón, y desde estas columnas nos encomendamos a él, que estará gozando de la presencia divina para que ruegue por esta su tan amada y predilecta asociación, y por todos los congregantes.

**Cristóbal Campoy**

# DON ANTONIO GUTIÉRREZ CRIADO, INCLUIDO EN PROCESO DE BEATIFICACIÓN

Tenemos noticias de que en el proceso de beatificación de treinta y dos sacerdotes de la diócesis de Toledo, que murieron víctimas de la persecución religiosa en nuestra guerra, se encuentra incluido el sacerdote miembro de nuestra asociación de Hijos de María, que fue entre otras actividades de la misma, director de su cuadro artístico: don Antonio Gutiérrez Criado.

Pertenecía don Antonio al cuerpo eclesiástico de la Armada, habiendo sido destinado a Cartagena por los años 1925 a 1931, y cuando al proclamarse la República fue disuelto ese cuerpo eclesiástico, hubo de reintegrarse con su familia a su ciudad natal de Toledo.

Era don Antonio atildado en su vestir. Las numerosas veces que hablaba a la asociación reunida, sabía manejar con soltura el manteo, destacando la elegancia de su persona. Presenciaba jovialmente nuestras partidas de ajedrez y damas y, cuando era preciso, con esmerada caballerosidad y delicadeza nos corregía en nuestros juveniles erróneos actos o manifestaciones. Recordamos de una vez que, terminado de jugar a las damas, dejábamos las fichas esparcidas en la mesa, sin recogerlas y amable y sonriente, nos indicó: "¡No, no! Volved y recoged las fichas esparcidas, que los jóvenes deben ser atentos con las damas".

Así era don Antonio. Suavemente, con corrección, siempre aprovechaba la ocasión para hacernos recordar lo que aprendimos de niños en el catecismo, o de mayores lo que habíamos estudiado en los círculos de estudio. Y no digamos en los ensayos de obras teatrales, en los que, como en la puesta en escena, desplegaba su máxima actividad y entusiasmo, hasta el punto de que en muchas ocasiones actuaba de apuntador desde la concha del escenario, iniciando incluso la entonación que había de expresar el actor para conseguir mayor realce en la representación.

De regreso a su ciudad natal de Toledo, conocidas sus dotes, fue designado consiliario diocesano de los jóvenes de Acción Católica de aquella provincia, con quienes desplegó su apostolado con el mismo entusiasmo que en Cartagena. Organizó en 1933, en Toledo, un congreso nacional de jóvenes católicos que se celebró a pesar de la huelga general que, sin resultado alguno, se convocó para impedirlo, y al que asistió una nutrida representación de nuestra asociación, que, por estar todos los servicios paralizados, hubo de recorrer a pie el largo y empinado camino, desde la estación de ferrocarril, sita en la llanura, hasta la ciudad que se encuentra esparcida en lo alto de un montículo.

Pudo haberse refugiado en el Alcázar, como lo hicieron algunos de los jóvenes que formaron en su Acción Católica, entre ellos Antonio Rivera Ramírez, conocido más tarde como "el ángel del Alcázar", pero entendió que su condición sacerdotal le impedía tomar las armas, pues se consideraba hombre de paz, y cuando sus familiares trataron de esconderle, él les dijo: "He decidido no esconderme. Si Dios quiere que muera, que se haga su voluntad".

Militantes de la CNT fueron a buscarle el 7 de agosto de 1936:

-¿Eres tú Antonio Gutiérrez?

-Sí.

-Entonces, ¿tú eres presidente de las juventudes fascistas de Toledo?

-No. Yo soy consiliarios de las juventudes de Acción Católica.

-Es lo mismo. Vente con nosotros.

Se echaron sobre él, sin dejarle siquiera cambiar el pijama que llevaba puesto, y arrojándolo escaleras abajo, al llegar a la calle exclamaron: "¡Buen pájaro hemos cogido hoy! ¡Nada menos que al presidente del fascio de Toledo!". Le llevaron al Cerro de los Ángeles y frente a las ruinas del gigantesco monumento al Sagrado Corazón de Jesús, cayó acribillado a balazos el cuerpo de aquel Hijo de María de nuestra asociación y consiliario de las juventudes católicas de Toledo.

**J. A. MERCADER**